



PASIÓN

Fantasma

Esmeralda Lynn

Tabla de Contenidos:

[Copyright](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Fragmento de Prisionera del vikingo](#)

Pasión fantasmal

Esmeralda Lynn

Copyright Esmeralda Lynn© 2019

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización expresa del autor.

Este es un trabajo de ficción destinado a mayores de 18 años. Todos los nombres, eventos y lugares aquí reflejados son ficticios.

Capítulo uno

Cuando recibí el llamado telefónico, mi corazón dio un brinco. ¿Qué tan seguido te informan que tu familia poseía una antigua mansión victoriana y que tú eres la única heredera? Parece sacado de alguna comedia televisiva con un guionista de poco talento, pero era verdad. Después de colgar el teléfono me invadieron vividas imágenes dignas de cuentos de hadas, las historias que solían fascinarme durante mi niñez. Incluso de adolescente mis amigas se burlaban de mí por negarme a abandonar aquellas fantasías tan románticas, de casas encantadas, príncipes y fantasmas. Una vez llegada la adultez me vi obligada a enterrar aquellas ensoñaciones ridículas, pero aquella noticia revivió mi fascinación por tiempos que nunca había vivido.

La noticia no podría haber llegado en mejor momento; después de haber perdido mi empleo hacía una semana y tres meses antes de mi boda. Recuerdo haber respondido la llamada con lágrimas en los ojos y cortarla riendo como una maniática feliz. Mi prometido Steve me miró como si yo estuviera loca. De tanto en tanto me dedicaba miradas así, por lo cual explicarle que desde niña solía soñar despierta con que vivía en una antigua mansión victoriana fue más difícil de lo que esperaba. Pero cuando reparó en cuanto podía valer aquella propiedad recuperó el entusiasmo. El domingo después conducimos hasta las afueras de la ciudad, donde la propiedad se encontraba. Mientras yo viajaba sentada en el asiento del acompañante, él no paraba de hablar sobre dinero. Luego cambió de tema y comenzó a divagar sobre algún equipo deportivo. Yo no tenía idea del tema, así que mi mente se dedicó a volar todo el camino. Las fantasías simplemente me agobiaban. Nunca entendí la razón

por la cual mis ensoñaciones eran tan reales durante mi adolescencia, pero en aquel momento eran todavía más vividas. Me sentía a mi misma usando un amplio faldón victoriano, y mis cintura presa de un severo corsé. Los cortinados de seda y terciopelo acariciaban mis ojos y mi cabello, y yo no solo me encontraba en otra casa, sino en otro siglo. Lo sabía con todos mis sentidos, Yo no era yo, pero al mismo tiempo lo era. Deambulaba por interminables pasillos de reluciente piso de madera, ascendía y descendía por infinitas escaleras de majestuoso mármol. El aroma a lavanda acariciaba mi nariz, y una suave melodía de piano asomaba a la distancia.

– ¡Oye, Cassy! ¿Otra vez soñando despierta? – Me regañó Steve, como me habían regañado miles de veces mis padres y maestros – ¡No me extraña que te hayan despedido!

–No me han despedido. Fue reducción de personal – respondí, pero como de costumbre, él no me escuchaba. Steve siempre tenía razón. Y yo tan solo me dediqué a mirar por la ventanilla el resto del trayecto.

El viaje fue más largo de lo que esperábamos, y Steve se fastidió más rápido que de costumbre. A medida que nos acercábamos a nuestro destino, la zona se hacía cada vez más rural. Los árboles desnudos por el otoño retorcían sus oscuras ramas a la distancia, creando un paisaje bastante devastador e intimidante. Increíble que mis antepasados vivieron allí por siglos. Yo nunca he tenido contacto con mi familia paterna, lo único que sabía era que estaban todos muertos. Al igual que mi familia materna. Luego de que falleciera mi madre intenté rastrearlos pero fue sido en vano. Mi novio Steve era la única familia que yo tenía en aquel entonces. O mejor dicho, estábamos a punto de formar una familia en tan solo meses.

Cuando descendimos del auto, mi corazón dio otro brinco. Un nudo se formó en mi garganta mientras Steve emitía un suspiro de disgusto. La antigua mansión se erigía ante nuestros ojos, tan poderosa como derruida por el paso del tiempo. Era tan alta que me dolió un poco el cuello al levantar mi cabeza

para contemplarla por totalidad. Algunas tejas negras habían desaparecido del techo, y la madera de la pared se notaba podrida en algunos rincones. La hiedra estaba trepando peligrosamente por una de las paredes.

Era exactamente igual a la casa con la que yo había fantaseado desde mi niñez, y aquello me provocó un escalofrío.

— ¿Srta. Cassidy Hawtorne?— me preguntó el abogado que nos estaba esperando con una amplia sonrisa.

—Llámeme Cassy, por favor...—me adelanté y estreché su mano. —Este es mi prometido, Steven....

Ambos hombres se saludaron mientras Steve usaba su mano libre para proteger su nariz del potente olor a humedad que provenía de la casa. A mí no me molestaba.

—Oh felicidades. De acuerdo. Entremos a firmar los papeles, así pueden apreciar mejor el interior la casa— respondió el hombre de traje gris oscuro y cabeza calva.

Si la casa se veía mal por fuera, por dentro era aún peor. Si algún director de cine de terror quería filmar una película, esa casa era el escenario ideal. Jamás había visto tantas telarañas en mi vida. Los muebles estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo. Quitando eso, estaban en muy buen estado, y denotaban un gusto exquisito por parte de sus dueños originales, además de un gran poder adquisitivo. Los sonidos de disgusto de Steve se multiplicaron por mil a medida que el abogado nos guiaba por la mansión de mi familia. La escalera crujía un poco a medida que subimos a conocer los tres pisos.

La casa contaba con cuatro dormitorios, uno de ellos matrimonial, dos baños, un altillo y una extensa cocina y comedor en el primer piso. En el primer piso también había una chimenea que aún funcionaba; el abogado y yo nos vimos forzados a encenderla a medida que la noche caía y el frío aumentaba. Pero lo

que más me llamó la atención fue el hermoso piano de cola en la sala de estar. No pude evitar acariciar sus teclas enmohecidas con las yemas de mis dedos. Un sonido metálico nació de ellas, y una descarga eléctrica recorrió mi espina dorsal al instante.

— ¿Desde cuando eres pianista?— Steve se burló de mí desde la cocina, donde se las había rebuscado para hervir agua y prepararnos un café a los tres. —Ven aquí, terminemos esto de una maldita vez.

Dejando de lado mis tontas ensoñaciones, me dirigí a la cocina, donde tanto él como el abogado estaban sentados en la mesa redonda de madera, esperándome para terminar el papeleo. Recorrimos todos los documentos exhaustivamente; el abogado me mostró la línea genealógica de los Hawthorne, escrituras antiguas y documentos con el papel amarillento que probaban mi posesión legal de la mansión.

—Históricamente, esta casa le ha pertenecido a la familia Hawthorne por siglos. Ellos la han construido allá por el 1600. Cuando su línea genealógica fue interrumpida en 1879, la casa pasó a ser propiedad de la familia Miller. El último de los Miller ha fallecido el mes pasado sin dejar herederos, y al estar usted emparentado con los Hawthorne, la casa le corresponde a usted por ley.

Poca atención le presté a sus palabras; una extraña sensación me embargaba desde que puse un pie dentro de ese lugar. Era como si la casa pudiese respirar, y yo era la única que podía oírla. Y las teclas del piano también habían ejercido un hechizo sobre mí, algo que yo no podía explicar.

Una vez más, Cassy me sacó de mi ensoñación. Me codeó y volví a la realidad, el abogado me estaba ofreciendo su pluma para que firme la escritura.

—Muy bien Señorita Hawthorne...Cassy...firme aquí y la casa ya es suya. — me dijo con un leve temblor en su voz. Steve también se aferraba a su sweater;

la brisa helada se filtraba con facilidad por la casa. Yo parecía ser la única que no estaba incómoda allí, por alguna extraña razón me sentía en casa. Ni las telarañas ni el moho ni la humedad me amedrentaban. Una calidez mágica no me dejaba parar de sonreír.

Cogí la pluma y firmé el documento sin dudar. Fue la decisión más rápida y más fácil de toda mi vida.

—De acuerdo, ya terminamos aquí— el abogado dijo con un tono de alivio. Se puso de pie y comenzó a guardar sus papeles en su maletín. —La verdad, es una propiedad hermosa. Una vez refaccionada es un muy buen lugar para recién casados, más si desean tener niños.

Cuando dijo eso, un nudo se formó en mi estómago y garganta. Ignoraba por qué; con Steve habíamos decidido tener hijos prácticamente desde que comenzamos salir. Pero ahora, a tres meses de nuestra boda, la idea me provocaba miedo.

—Oh no, no viviremos aquí. — Steve se apuró a responder —Mi padre ya ha pagado el depósito de un apartamento nuevo en la capital. Pondremos esta pocilga en venta, aunque dudo que nos den mucho por ella.

Sentí un puñal clavarse en mi pecho cuando mi prometido dijo eso. El abogado notó la tensión entre nosotros, y se encogió de hombros, incómodo.

—Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha— el hombre dijo luego de unos minutos de silencio incómodo. El frío viento aullaba afuera. —Ya es de noche, y es un largo viaje si van a conducir hasta la ciudad.

Steve asintió y se puso de pie. Estaba colocándose su chaqueta sobre los hombros cuando yo le dije:

—De hecho, me parece que lo más inteligente sería que los dos pasemos la noche aquí.

Ni siquiera sé que se apoderó de mí para decir eso. Últimamente yo prefería darme por vencida antes que enredarme en una discusión infinita con Steve. Pero no estaba dispuesta a rendirme sobre aquella cuestión. Iba a pasar la noche allí. Los ojos de mi prometido se abrieron de par en par.

— ¿Acaso estás loca?—me increpó. Su voz sonaba horriblemente aguda cuando se enojaba. .

—Es un viaje largo, y como él dijo, ya está muy oscuro en la carretera. Podríamos tener un accidente. La cama matrimonial está en buen estado y la chimenea funciona. Dormimos aquí y en la mañana partimos— tomé los brazos de mi novio con cariño y le sonreí —Vamos, será como una aventura.

—No pienso pasar ni un minuto más en este lugar repugnante— me dijo, alejándose de mi abrazo.

Efectivamente, Steve volvió a la ciudad en el auto del abogado, no sin antes brindarme una fría mirada de desprecio. Me regalaba muchas de esas miradas en los últimos tiempos. Especialmente después de que yo había perdido mi empleo.

Una vez sola, recorrí la mansión de nuevo. Parecía que yo era la única que podía apreciar la belleza de aquel lugar arrumbado. Recorría los antiguos muebles victorianos con las yemas de mis dedos, encantada por su textura. Trataba de imaginar a mis ancestros viviendo entre aquellas paredes; trabajando, durmiendo, comiendo, soñando a través de los siglos. ¿Cuántas cosas habían presenciado aquellas paredes ahora devoradas parcialmente por la humedad? ¿Cuántos siglos de felicidad y tristeza? ¿Cuántas vidas y cuántas muertes? Tan solo de pensarlo, un escalofrío me recorría y una sonrisa se curvaba en mis labios.

Y esa misma noche yo, Cassy, la última de los Hawthorne, había regresado a casa.

El viento aullaba con más fuerza afuera mientras yo me preparaba para dormir. Elegí la gran cama matrimonial del tercer piso, a pesar de que iba a pasar la noche sola. Aunque algo me decía que yo no estaba sola en aquella mansión.

El colchón era increíblemente cómodo. La cama, a pesar de vieja, estaba limpia por haber estado cubierta con una gran tela blanca. Encontré unos cobertores pesados en el armario, y los utilicé para abrigarme. Olían a humedad, pero lograban protegerme a la perfección del frío nocturno.

Por un momento deseé que Steve estuviese conmigo en la cama. Era una cama enorme, de dos plazas, perfecta para hacerlo en muchas posiciones diferentes. Pero pronto borré ese deseo de mi mente. No podía recordar cuándo había sido la última vez que Steve y yo habíamos follado. Aunque para ser sincera, tampoco era que había fuegos artificiales entre nosotros. Él fue el único hombre con el cual yo había tenido sexo en toda mi vida, así que no podía compararlo con otro, pero jamás me hizo sentir aquello que te muestran en las películas. Recuerdo que después de mi primer orgasmo junto a él, después de un misionero monótono y largo, me pregunté *¿Esto es todo?* ¿Eso era lo que mis compañeras de universidad definían como la mejor sensación del universo? Él tenía un buen cuerpo, y era atractivo. Tal vez más de que una chica tímida y regordeta como yo podía aspirar. Con el paso de los años, me convencí a mí misma de olvidar las falsas expectativas que las novelas rosas y el cine porno nos meten en el cerebro, y simplemente disfrutar lo que había construido con Steve. Pero conforme pasaban los años, era cada vez más difícil conformarme. Las fachadas de mi felicidad se desmoronaban como las paredes humedecidas de aquella mansión vitoriana.

Y luego de que yo perdiera mi trabajo, las discusiones se tornaron más frecuentes y exhaustivas. Por un lado, a él nunca le había gustado la idea de que su futura esposa trabajase. Él insistía con ser el sostén del hogar, aunque

vivía pidiéndole dinero prestado a su padre. Sin embargo, una vez que yo me encontré en el paro, no dejaba de reprocharme. Simplemente, no había forma de que estuviera contento.

Ni yo tampoco. Solamente podía aferrarme a la esperanza de que todo cambiara una vez pasado el stress de la boda.

Entre los crujidos de la casa y la suave lluvia de afuera, pronto me quedé dormida. Una extraña música me despertó; era un ritmo cadente y meloso, de otra época. Cuando abrí los ojos, los rayos del sol entraban por el ventanal del dormitorio, y la suave brisa sacudía los cortinados impecablemente blancos. No había ni una pizca de polvo o de humedad en la habitación. Me incorporé de la cama, sorprendida de ver la casa tan limpia y ordenada.

—Seguramente estoy soñando— me dije a mi misma mientras me ponía de pie. Me puse mis zapatos y salí del dormitorio. Contuve un suspiro cuando vi la casa completamente reformada; con los muebles relucientes de limpio y el olor a madreselva invadiendo el lugar. Bajé las escaleras lentamente, siguiendo el sonido de la música. Se hacía más fuerte a medida que yo descendía hacia la planta baja.

Cuando llegué al primer piso, descubrí un hombre sentado en el piano de la sala. Sus manos acariciaban las teclas con una suavidad increíble, y por alguna razón, esa canción provocaba un dolor en mi pecho. Pero era un dolor agradable, si acaso eso era algo posible. Sentí un leve mareo al reconocer esa melodía.

—Es tu canción favorita...—el hombre me dijo, sin dejar de deslizar sus manos por las teclas blancas y negras. Y su voz sonaba tan aterciopelada que mi pulso se aceleró.

El hombre alzó la vista hacia mí, sin dejar de tocar. Recién allí note que vestía ropas de otro siglo; una fina chaqueta de terciopelo oscuro, que enmarcaba a la perfección sus hombros anchos y sus brazos delgados. Los volados de seda blanca asomaban por su manga sobre las teclas del piano.

—Es un sueño, es tan solo un sueño...— murmuré para mí misma mientras el aire comprimía mi pecho.

Los ojos del pianista se encontraron con los míos, y mi corazón se detuvo. Sentía mi propio pecho subir y bajar agitado mientras observaba esos ojos oscuros y eternos fijos en mí. Mis rodillas temblaron mientras estudiaba su rostro; tenía unas facciones cuadradas y masculinas, pero al mismo tiempo increíblemente bellas. No podía creer que estaba admirando a un hombre de aquella manera a pesar de estar comprometida con otro. Pero mis pechos subían y bajaban acalorados mientras yo respiraba. Este sí que era un sueño extraño. Sus manos parecían esculpidas en marfil; blancas con dedos largos y las venas azuladas a flor de piel. Sentí el impulso irrefrenable de deslizar las yemas de mis dedos sobre ellas. Pero no lo hice. En su lugar me quedé de pie frente al extraño, con mi corazón amenazando con estallar de mi pecho.

Me ordené a mí misma despertarme. A veces hacía eso de niña cuando tenía pesadillas; me decía mi misma ¡*Despierta!* y luego despertaba en mi cama, sana y salva. Pero esta vez no funcionaba.

Tal vez porque una parte de mí no quería despertar; la misma parte que se encontraba hechizada por aquel misterioso pianista y sus ojos oscuros. Su cabello negro estaba recogido sobre su cuello con un elegante lazo azul oscuro, y ahora estaba caminando hacia mí. Era una figura delgada y elegante, bastante más alta que yo.

— ¡Despierta, despierta!— me decía a mí misma entre dientes apretados.

Pero la verdad era que no quería despertar; por alguna razón me sentía en casa. Por primera vez en mi vida, sentí que pertenecía a aquella casa, rodeada de aquella música y el aroma a madreSelva.

—No estás soñando, Cassidy.... — el extraño me dijo mientras apoyaba su mano en mi mejilla. Su tacto me hizo estremecer, y un suspiro escapó de mi garganta.

Fue una sensación tan poderosa que me retorcí en la cama, gritando mientras despertaba. Una vez más, estaba lloviendo afuera y el dormitorio oscuro estaba cubierto de polvo y humedad.

—Fue solo un sueño.... — me dije a mi misma sacudiendo la cabeza entre risas. Me recosté de nuevo en la cama, con mi cuerpo cubierto de sudor y mi corazón latiendo a mil por hora.

No podía creer que un sueño me había afectado tanto. Y ni siquiera había sido una pesadilla, tan solo un sueño raro sobre un tipo de otro siglo. Pero había algo en su mirada, algo que me había calado hasta el hueso. Era una tristeza infinita, devastadora, que yo podía sentir como propia.

Y cuando su mano había tocado mi mejilla se había sentido increíblemente vívido. Jamás había tenido un sueño tan realista. Incluso despierta en mi cama podía sentir el calor de su mano sobre mi piel, y el recuerdo de su tacto hizo yo me humedeciera bajo las sábanas.

— ¿Que mierda me está pasando?— me dije a mi misma mientras los relámpagos tronaban afuera.

Capítulo dos

Al día siguiente había parado de llover, y yo había tomado una decisión. Me vestí y tomé un baño en la mansión. No había ducha instalada, así que tuve que darme un baño en la gran tina. Las cañerías funcionaban bien; el agua salió un poco oscura al principio, pero al cabo de unos minutos salió tan cristalina como la del apartamento que compartía con Steve en la ciudad.

No podía dejar de pensar en el hombre de mi sueño, en esas manos, en esos ojos. Estaba casi segura que tan solo había sido un producto de mi imaginación exacerbada. Pero ¿de dónde podría yo haberme imaginado a alguien así? Sin duda, era el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Su presencia y su voz me provocó palpitaciones más intensas que cualquier caricia de Steve ¿acaso eso era posible? incluso horas más tarde, con mi cuerpo desnudo sumergido en aquella tina, mi piel se sentía arder al recordar a ese extraño. Como una adolescente cuyas hormonas están desbocadas por la edad, sentí unos deseos irrefrenables por masturbarme.

Traté de no pensar en aquello; ya bastante problemático sería informarle a Steve de mi decisión. Sequé mi cuerpo con una toalla, y cuando mis propias manos sintieron la redondez de mis pechos, no pude evitar recordar las manos de aquel hombre acariciando el piano.

Las alacenas de la cocina estaban vacías, así que me subí a mi auto y conduje hasta un pequeño comedor al costado de la ruta. Pedí un café negro y tostadas para desayunar, mientras juntaba valor para hablar con Steve. Por suerte había

conexión inalámbrica Internet en el restaurante; cosa que en la casa era inexistente. Marqué el número de mi prometido mientras terminaba mi café. Decidí hablar con él vía video conferencia; era más personal que mandarle un texto. Por lo menos podía ver su rostro en la pantalla de mi teléfono. Debo admitir que me sentía bastante culpable por haber pasado la noche sola, y por haber fantaseado con un extraño.

— ¿Has llegado bien?— le pregunté con una sonrisa.

—Sí. No gracias a ti— me respondió, y yo supe que estaba molesto.

¿Por qué era todo tan jodidamente difícil con él?

—Oye, mi amor...he tomado una decisión— le dije —Creo que el abogado tenía razón; en lugar de vender la casa, nos conviene refaccionarla y vivir aquí nosotros.

Los ojos de Steve se abrieron de par en par, y sus mejillas se enrojecieron de furia en cuestión de un segundo. Me preparé para oír sus gritos a través de la pantalla.

— ¡¿Estás loca?!

Y no supe cómo responder esa pregunta.

—Mira. Es una casa enorme, de tres pisos— insistí.

— ¿Y de dónde vas a sacar el dinero para refaccionarla?—Steve repuso con tono sarcástico. — ¡Yo no pienso darte un centavo para esa casa de mierda!

—Mis ahorros...— le dije, casi sin pensarlo. Y pude ver como estallaba en silencio; el hecho de que yo no dependiera económicamente de él lo ponía furioso.

Y yo no podía creer mis propias palabras ¿desde cuándo era tan osada? Se

hizo un silencio incómodo. Steve apoyó sus dedos en la sien y cerró los ojos, frustrada.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.... — me dijo

—Claro que sí. Confía en mí, este lugar quedará precioso....

— ¿Cuándo volverás?— me interrumpió.

—Oh. No lo sé...primero debo buscar un banco para retirar el dinero, y ponerme en contacto con el contratista. No sé cuánto tiempo demorarán en dejarla como nueva. Tal vez un mes — yo estaba pensando en voz alta.

—Espera... ¿me estás diciendo que vas a vivir allí mientras la arreglan?— Steve elevó su tono de voz una vez más.

No dije nada, tan solo asentí con la cabeza. Y él sacudió la suya, frustrado, antes de cortar la comunicación. Estaba acostumbrado a que él me hiciera eso. Las discusiones comenzaban y terminaban cuando él lo decidía. Guardé el teléfono en mi bolsillo y terminé mi desayuno con un nudo en mi estómago.

¿Acaso Steve tenía razón? ¿Me estaba volviendo loca? Cualquier persona cuerda tomaría el sueño de la noche anterior como una señal para nunca jamás volver a pisar aquella casa. Pero yo había decidido quedarme.

Es que no podía irme. Simplemente no podía. Especialmente cuando recordaba la tristeza en aquellos ojos oscuros, y esa mano tan suave y caliente en mi mejilla. Ese hombre pertenecía a aquella casa, y yo también. No podía venderla. No podía hacerle eso.

Pagué a la camarera y le estaba por preguntar dónde había un banco cuando la muchacha me preguntó con voz temblorosa:

—Disculpe, pero no he podido evitar oír su conversación... ¿acaso usted es

propietaria de la Mansión Hawthorne?

—Supongo que lo soy...—le respondí con una sonrisa mientras guardaba mi billetera en el bolsillo de mi chaqueta. Era gracioso; jamás había sido propietaria de nada antes. Incluso mi auto estaba a nombre de mi futuro suegro.

—Oh ¿y no le da miedo vivir sola allí?— la muchacha me preguntó con un susurro incrédulo.

—No. Debo admitir que la casa está en muy mal estado pero....

—No me refiero a eso— la muchacha me interrumpió, negando con su cabeza —Usted no es de por aquí. Me imagino que no ha oído las historias que rondan sobre aquella casa.

— ¿Historias de fantasmas?— sonreí de nuevo.

—Debe pensar que soy una pueblerina tonta...— la muchacha se sonrojó — Pero yo lo pensaría dos veces antes de mudarme allí.

Iba a preguntarle más al respecto pero la camarera, obviamente avergonzada por sus propias palabras, cogió mi plato y lo retiró a toda prisa. Le dejé una propina sobre la mesa y abandoné el comedor, todavía más confundida que cuando entré.

Luego de conducir por la pequeña ciudad, encontré un banco abierto y retiré mis fondos. Las palabras de Steve resonaban en mi cabeza una y otra vez *¿Acaso estás loca?* Y tal vez lo estaba, invertir hasta mi último centavo en aquella casa tan solo por un sueño. Pero mi instinto me decía que esto era lo correcto. De la misma manera que me decía que la boda con Steve sería un error descomunal. Pero decidí ignorar esa segunda advertencia.

Pasé el resto de la tarde buscando un contratista eficiente pero de precios módicos. Cuando finalmente encontré uno, accedió a venir a ver la casa para

darle un presupuesto recién el lunes siguiente. Cuando le mencioné el apellido Hawthorne, el rostro del hombre regordete se puso pálido al instante.

Compré algunas cosas para mi estadía en la mansión de mis antepasados; algunas comidas instantáneas, jabón, cepillo de dientes, una toalla. Le envié un correo electrónico a Steve pidiéndole que me envíe algo de mi ropa, pero no me respondió. Seguía molesto.

Regresé a la Mansión Hawthorne al anochecer. El frío viento invernal estaba haciendo su presencia una vez más. Mientras estaba encendiendo la chimenea una vez más, oí el piano sonar. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, y me incorporé con un movimiento violento y la respiración agitada por el miedo.

Giré hacia el piano, donde no había nadie sentado, pero las teclas se movían por su cuenta. Era la misma melodía que el hombre misterioso había tocado en mi sueño.

—Era tu canción favorita, Cassidy.

Corrí escaleras arriba, y me encerré en el dormitorio. Al cabo de unos segundos, la música cesó.

—Dios mío, me estoy volviendo loca.... — me dije a mi misma sentada en la cama.

Debería haber dejado la mansión aquella misma noche. Bajar las escaleras, subirme al auto y conducir hasta la ciudad. Pero no podía moverme, No quería moverme. Algo me unía a aquella casa, aquella canción y a aquel hombre de mi sueño.

—A la mierda con esto.... — me dije una vez más —Mañana vuelvo a casa, y me olvido de toda esta locura.

Me quité la ropa y me metí bajo los cobertores de la cama. Ya era demasiado tarde para conducir y otra vez, la lluvia hacía su presencia. En la mansión reinaba el silencio, y yo estaba convencida de que la música había sido un producto de mi imaginación, sugestionada por historias de fantasmas. Y tal vez mis fantasías con aquel pianista era un simple producto de mi frustración sexual.

Quedé dormida con relativa facilidad, a pesar de que mi pecho subía y bajaba nervioso. Al cabo de algunas horas, volví a abrir los ojos, y vi a alguien parado al costado de mi cama. Era el mismo hombre de mis sueños, vestido con una finísima camisa de seda blanca. Su cabello negro y ensortijado ahora estaba suelto, cayendo sobre sus hombros. Dejé escapar un suspiro de sorpresa, pero la verdad era que no sentía miedo. A pesar de que su presencia era desconcertante, aquel hombre era incapaz de asustarme.

Sus ojos me observaban, oscuros, infinitos, eternos, y parecían resplandecer en la oscuridad. Sus labios estaban entreabiertos, tentadores, y yo no podía dejar de mirarlos. De hecho, no podía moverme. Permanecía inmóvil en mi cama, preguntándome si esto era real o un sueño. Tal vez estaba experimentando la famosa parálisis de sueño sobre la que tanto había leído.

Pero se sentía real, demasiado real.

—Cassidy...— me dijo con su voz de terciopelo.

— ¿Quién eres?— le pregunté con labios temblorosos. Todo mi cuerpo temblaba.

Pero no obtuve ninguna respuesta. El extraño tan solo se subió a mi cama y se inclinó sobre mí con suavidad. Corrió las sábanas y sentí su cálido peso sobre mi cuerpo. Lo único que se interponía entre mi piel y la suya era la seda de su camisa. Otro escalofrío se apoderó de mí, mientras mi pecho subía y bajaba, agitado.

—Has vuelto....mi hermosa Cassidy. — el extraño me dijo una vez más.

Yo no pude decir nada; las palabras estaban atoradas en mi garganta mi entrepierna no cesaba de palpar. Sentía que mi clítoris iba a explotar, y la humedad se esparcía entre mis muslos. Si esto era un fantasma, se sentía demasiado cálido, demasiado real. El contacto con su carne me provocaba electricidad, y el aroma de su cuello hizo que los latidos entre mis piernas aumentaran con furia.

—Te extrañé muchísimo, Cassidy...— me dijo mientras acariciaba mi barbilla con sus dedos. Observé su cuello blanco, y pude notar que una de sus venas formaba una línea enrojecida que lo recorría.

Luego sentí las yemas de sus dedos deslizarse sobre mis labios e instintivamente los separé. Los ojos de este hombre mirando los míos hacían que mi cabeza gire, como si estuviese a punto de caer en un abismo infinito. No había sentido eso jamás por ningún hombre.

Sentí sus labios contra los míos, y por un segundo temí correrme con solo eso.

¿Desde cuándo yo tenía sueños eróticos? En caso de que aquello fuera, efectivamente, un sueño. Sus labios se sentían demasiado ardientes, demasiado suaves. Y se sentía demasiado bien para interrumpirlo. Mejor que ningún otro beso que nadie me hubiese dado en mi vida.

Sueño o alucinación, me dejé llevar. Los labios del extraño encajaban a la perfección contra los míos. Los sentí saborearme con dulzura al principio, mientras sus manos sujetaban mi cuello con suavidad. Pero al cabo de unos instantes el beso creció en intensidad, parecía que quería devorarme o asfixiarme. Sentí su lengua al borde mi boca y la dejé entrar. Gemí en su boca mientras nuestras lenguas danzaban encontrándose con pasión. El beso era lento pero delicioso. Su lengua exploraba hasta el último rincón de mi boca con una parsimonia que me derretía. Toda mi carne ardía y mi entrepierna se contraía, hambrienta. Sentía mis pezones erectos bajo su pecho plano y fuerte,

y también ardían con desesperación deliciosa.

Sin dejar de besarme, sus manos descendieron por mi cuello, acariciando mis hombros y mi pecho. Sus manos eran ásperas y suaves al mismo tiempo. Hurgaron con impaciencia bajo mi camisón, y cuando sus dedos encontraron uno de mis pezones duros yo grité dentro de su boca. Lo acariciaron con una brutalidad sensual, aumentando mis pulsaciones al máximo. Mi clítoris dolía y mis interiores se contraían con voracidad. Mis pechos llenaban sus manos ansiosas y las cosquillas irradiaban de mi estómago hacia mis muslos. Estaba más húmeda que jamás en mi vida, y solo podía pensar en lo mucho que deseaba ser llenada. Podía sentir su polla dura contra mi ropa interior mojada, y era una sensación tan increíble que creí enloquecer. Comenzó a mover sus caderas, creando una deliciosa fricción entre nuestros cuerpos. Eso me obligó a separar mis labios de los suyos para dejar escapar un gemido vergonzoso.

Pero no pasó ni un segundo que el hombre misterioso ya me estaba silenciando de nuevo con sus labios. Me mordió el labio inferior suavemente, mientras sus dedos jugaban con mis pezones y sus caderas se movían más rápido. A medida que la fricción era más fuerte, mi corazón se aceleraba.

—Jeremiah... — un gemido escapó de mi garganta mientras el placer me cegaba. Ignoraba por qué había dicho aquel nombre, tan solo fluyó de mi con total naturalidad mientras mi orgasmo se precipitaba.

En un instante fugaz todo mi cuerpo se tensionó. El placer me golpeó sin piedad, y yo solo grité. Nunca había gozado tanto con tan solo unas pocas caricias y besos. Nunca había gozado tanto, punto. Estaba jadeante mientras mi cuerpo se relajaba y los latidos todavía torturaban la carne entre mis piernas. La cabeza me daba vueltas frenéticas y apenas podía respirar.

Abrí los ojos y una vez más, estaba sola en el dormitorio oscuro. Mientras trataba de calmar mi mente y entender que mierda había pasado, los únicos sonidos fueron la lluvia y mis jadeos. Mi cuerpo estaba cubierto de sudor, irradiando un calor molesto. Deslicé mis manos hacia abajo y noté que me había corrido entre las sábanas.

Capítulo tres

La angustia me impidió dormir el resto de la noche, y permaneció conmigo toda la mañana siguiente. No sabía que me alarmaba más, la culpa por haber tenido un sueño húmedo con otro hombre o la posibilidad de que no haya sido un sueño.

Apenas amaneció, me subí a mi auto y conduje hasta la ciudad nuevamente. Tenía miedo de permanecer un minuto más en aquella casa. Pero mi miedo no se basaba en fantasmas o apariciones; de hecho el tema de lo sobrenatural siempre me había parecido fascinante. Mi pánico era por lo bien que se había sentido el calor de aquel hombre contra mi propia piel.

Era tan real, tan real.

Qué idiota, me dije a mi misma mientras golpeé el manubrio del auto en mi camino al pueblo. Había tenido pruebas concretas de la existencia de vida después de la muerte, y mi mayor preocupación era que aquello contara como infidelidad hacia Steve. Dejé escapar una risa amarga en la soledad de mi auto.

Obviamente yo no había sido infiel; me iba a casar con mi prometido y él ni siquiera tenía idea de lo que había ocurrido ¿Por qué me sentía culpable por un simple sueño o fantasía? tal vez porque yo no era propensa a ellas.

Nunca había sido un éxito con los hombres, apenas había tenido algún novio antes de conocer a Steve. Con él había perdido mi virginidad, y nunca había fantaseado con otros hombres.

Pero cuando recordaba las manos de aquel hombre sobre mi cuello, sus labios contra los míos, y su polla dura contra mi cuerpo, me estremecía nuevamente. En la soledad de mi auto, enmarcado en ese pueblo cuasi abandonado, era innegable que yo no estaba satisfecha con mi prometido. No podía sostener más la fachada. No podía mentirme más a mí misma diciéndome que tal vez el problema era mío, que tal vez yo era frígida como Steve había sugerido varias veces, o que había algo malo con mi cuerpo. No había absolutamente nada malo conmigo; era capaz de alcanzar las cúspides más altas del placer con apenas unos besos. Ni siquiera necesitaba ser penetrada para correrme, el roce de aquel miembro contra mi clítoris me había hecho explotar sin esfuerzo.

Creí que iba a volverme loca gracias a mis propios pensamientos.

Desayuné en un pequeño café del pueblo; aparentemente el único que había. Mis manos sostenían mi taza de café a duras penas; temblaban en parte por el frío y en otra buena parte, por los nervios. La bebida caliente deslizándose por mi garganta me brindó cierto alivio. Respiré hondo y me dije a mi misma que estaba exagerando; seguramente había sido todo un sueño.

Pero se sentía tan real...

Su piel...

Si, fue un sueño, producto del stress de la boda. Además que yo no había quedado muy bien luego de haber perdido mi empleo. Y Steve era todo menos reconfortante al respecto. Si, era simplemente stress. Los fantasmas no

existían, y las fantasías eran solo eso; fantasías. Un sueño besando a un hombre que no era mi prometido no significaba nada.

Una vez finalizado mi desayuno, me sentía más tranquila. Ahora me daba cuenta lo idiota que hubiese sido vender una casa tan valiosa por una mera superstición. Miré por el ventanal empañado del café; era un bonito pueblo. Un poco aislado, pero tranquilo, muy diferente al infierno urbano al cual estaba acostumbrada. *Sería bonito vivir aquí*, pensé.

Aunque Steve lo odiaría.

No consideraría vivir en un lugar donde no había un centro comercial y la conexión a Internet era tan débil. Tampoco apreciaría la belleza de la arquitectura victoriana de nuestra casa, o las caricias del perfume a lavanda y madreselva por las noches.

Determinada a continuar con las remodelaciones, volví a la mansión. Mi nuevo hogar. Había algo que me unía a aquella casa, aunque aún no podía descifrar que. Pero estaba segura que nada podría alejarme de ella, ningún fantasma ni ningún sueño. Yo pertenecía aquellas paredes. Era una sensación extraña, ya que nunca creí pertenecer a ninguna parte.

Puse las manos a la obra con la limpieza; comencé barriendo los suelos de madera y limpiando el polvo de los muebles. Al poco tiempo ya me dolían los brazos, y mi nariz estaba tan llena de polvo que tosía a cada rato. Pero valía la pena. Ya había caído la noche cuando terminé con la cocina y la sala de estar. Todavía faltaba solucionar la humedad y pintar las paredes, pero la casa ya adquiriría un aspecto mejorado con algo de limpieza. Suspiré, orgullosa de mi trabajo, e instintivamente mis ojos fueron una vez más al piano. Deslicé mis yemas por la madera, aun lustrosa a pesar de tantos años de abandono. Recordé la melodía que tocaba aquel pianista fantasmal y mis rodillas temblaron.

Mi canción favorita.

Sacudí mi cabeza una vez más; no iba a dejar que aquellas fantasías me afecten. Subí las escaleras y sentí mis piernas algo cansadas por el trabajo del día. Mejor; eso me garantizaba dormir tranquila, sin sueños extraños. Aunque una parte de mi estaba desesperada por volver a soñar con aquel hombre de cabellos y ojos oscuros, por volver a sentir sus caricias y sus besos.

Afuera había comenzado a llover una vez más; ¿acaso pasaría un día sin llover en aquel pueblo? Las gotas de lluvia golpeaban suavemente el tejado mientras yo llegaba al dormitorio principal del tercer piso.

Continué mi limpieza en el dormitorio; aspiré el polvo de los muebles, barrí el piso y cambié las viejas sábanas por unas que estaban en oferta en el pueblo. También había comprado una almohada nueva con mi tarjeta de crédito. *Debo cuidarme con los gastos*, pensé. Por lo menos hasta que el contratista me hubiera dado un presupuesto concreto. Hasta ese entonces, debía subsistir gracias a mi tarjeta de crédito. Estaba planeando empezar a buscar empleo en mi próxima visita al pueblo cuando me quedé dormida bajo el aroma a limpio de las sábanas nuevas.

Mi último pensamiento antes de rendirme al sueño, era lo mucho que deseaba volver a soñar con el hombre de cabello negro.

Y lo hice.

Me encontré bajando las escaleras, la mansión estaba reluciente de limpia, iluminada por los rayos de sol primaverales, y yo me di cuenta que estaba soñando. Además, mi cuerpo no se sentía mío, mis pasos eran livianos como si caminara sobre copos de algodón. Era como si yo estuviera habitando un cuerpo extraño. Era yo misma, y al mismo tiempo no lo era.

En el descanso de la escalera, contemplé mi propio rostro en el espejo que colgaba de la pared. Era mi rostro, pero a la vez, no era yo. Mi cabello estaba

más largo de lo usual; una porción estaba recogida sobre mi cabeza y el resto descendía bajo mis hombros hasta cubrir mi pecho con suave sondas castaño claras. Mi vestido estaba confeccionado de un delicado raso celeste, y podía sentir la dureza rígida del corsé aprisionando mis costillas debajo de él. Hacía que mi figura luciera refinada y extraña, y mis pechos blancos asomaban por el sutil escote cuadrado. Contemplé atónita mi propia imagen por un segundo, y luego una voz me llamó.

—Señorita, jamás va a mejorar en el piano si sigue contemplando su propia belleza en lugar de practicar.

Giré mi rostro y vi al hombre de cabellos negros sentado al piano.

—Aunque por supuesto, entiendo su impulso de contemplarse por horas y horas.
—me ofreció una media sonrisa que me hizo temblar las rodillas.

Un nudo crecía en mi estómago a medida que me acercaba al piano. Él tocaba una melodía simple y juguetona, y estaba impecablemente vestido, como de costumbre. Me senté a su lado en el banco del piano, y el aroma masculino que emanaba de la piel de su cuello aceleró mi pulso. Estaba tan cerca de él que apenas podía tolerarlo.

El hombre continuaba concentrado en el teclado, hablándome de acordes y escalas, pero yo apenas podía prestarle atención. Tan solo estudiaba cada detalle de su rostro; su mandíbula cuadrada, sus labios generosos y su nariz aguileña. Era como estar sentado junto a una hermosa escultura de hielo.

—Deje de mirarme así.... — me susurró, con voz entrecortada. —Por favor.

—No puedo evitarlo...—le respondí. Y mi voz sonaba extraña, como si una voz ajena se hubiese apoderado de mis cuerdas vocales. Sin embargo, yo sentía cada una de esas palabras.

El pianista giró su rostro para enfrentarme, y nuestras narices casi se rozaban. Nuestros ojos se encontraron, y yo sentí un escalofrío contemplando esos ojos oscuros y profundos. Mi mirada inmediatamente bajó a sus labios, y noté que estaban temblando. Se veían tan apetecibles que mi corazón dio un brinco. Parecía que en mi sueño yo era mucho más atrevida que en la vida real, porque fui la primera en adelantarse.

Mis labios rozaron los suyos, y aquel tacto tan suave hizo que una descarga eléctrica recorriera mi espina dorsal. Rápidamente, él me respondió el beso. Nuestros labios encajaban a la perfección el uno con el otro, y el hombre me tomó del cuello con dulzura para acercarme aún más a él. Un poco mareada por la sensación tan poderosa que me invadía, sentí que aquel era mi primer beso. Todos los que le había dado a Steve en la realidad, no contaban en lo absoluto. Esto era lo verdadero, lo real, lo valioso.

Me aferré a los hombros del pianista, desesperada por más. Sus labios habían despertado un hambre desconocido hasta aquel momento, y todo mi cuerpo clamaba por más. Él me respondió con las mismas ansias, besando y mordiendo mis labios. Los separé un poco para dejar que su lengua se deslice en mi boca, y cuando pude sentirla rozando la mía, me estremecí de nuevo.

No podía dejar de besarlo, necesitaba cada vez más y más de aquel hombre. Cuando menos lo esperaba mi espalda chocó contra la alfombra persa del piso, y su cuerpo estaba sobre el mío. Lo abracé con todas mis fuerzas, sin despegar mis labios de los suyos. No quería dejarlo ir, no podía dejarlo ir.

—Jeremiah...— otra vez gemí aquel nombre —No dejes de besarme.... — supliqué cuando separó sus labios de los míos para respirar.

—Necesito oxígeno, Señorita.... —me dijo con una sonrisa. Su rostro de hielo estaba rojo por la pasión, y su cabello ya estaba hecho un desastre azabache, gracias a mis dedos. —Además, siento deseos de besarla en otro lugar.

Con un estremecimiento, supe exactamente a lo que se refería. Pero mi yo del sueño era un poco más inexperta e inocente, así que la sorpresa la invadió

cuando sintió los labios del otro recorriendo su cuerpo. A pesar de que mi ropa estaba de por medio, sus labios parecían arder cuando besaban mis pechos y estómago. Y mi clítoris ya palpitaba con rabia hambrienta. El hombre chupó mis pezones por encima de mi vestido, hasta que estaban tan duros que dolían. Pero él continuó su recorrido hacia abajo, alzó los pesados faldones de mi vestido y deslizó su cabeza bajo ellos. Sentí sus manos despojarme de mi ropa interior con rapidez y torpeza. Mi entrepierna no dejaba de palpitar mientras sentía su aliento caliente aproximarse.

Un fuerte gemido escapó de mi boca; sus labios se sentían increíbles, besando los labios entre mis piernas como segundos antes había besado los de mi rostro. Y cuando su lengua me acarició con firmeza, necesité de toda mi fuerza de voluntad para no correrme.

—Quería hacer esto hace tanto tiempo. Necesitaba saborearte—el hombre suspiró contra mi entrepierna, y su aliento cálido fue otra caricia mortal.

Cogió mi clítoris entre sus labios, lo presionó y lo volvió a soltar. Mi cuerpo se arqueó de placer en el suelo, cada vez más fuerte mientras él repetía aquello. Otro gemido escapó de mí, mientras su cabeza subía y bajaba despacio. Dios, que bien que se sentía. Luego su lengua ardiente se dedicó a recorrer los bordes de mi entrada. Dibujaba círculos alrededor de mi clítoris hasta hacerme gritar.

Yo no paraba de gemir su nombre, *Jeremiah*, entre jadeos y suspiros. Supe que, en el mundo de los sueños, o donde fuera que yo estuviese, aquella era mi primera experiencia sexual. Sentía todo mi cuerpo vibrar y arder mientras Jeremiah me penetraba con su lengua y la curvaba en mi interior, y sus manos acariciaban mis pechos cada vez más rápido.

—Córrete. Vamos, quiero ver que tan bien sabes...— hizo una pausa antes de coger una vez más mi clítoris en su boca. Y fue todo lo que hizo falta. Enredé

mis dedos en su cabello negro y todo mi cuerpo se arqueó una vez más en un violento espasmo. Grité su nombre mientras mi orgasmo me abatía con fuerza despiadada.

Abrí los ojos, jadeante y asustada. Tardé unos largos minutos en tranquilizarme y darme cuenta que todo había sido un sueño. Nuevamente estaba en la oscuridad del dormitorio, y las sábanas nuevas estaban húmedas, una vez más.

Capítulo cuatro

Dos noches, dos incómodos sueños eróticos con un hombre al que jamás había visto en mi vida, pero cuyo rostro se repetía en mi cabeza. Estaba cambiando las sábanas aquella mañana mientras el pánico se apoderaba de mí. ¿Qué mierda significaba todo eso? ¿Porque no paraba de soñar con ese tal Jeremiah? A pesar de que la lógica me decía que nunca lo había conocido, todo mi ser reaccionaba como si lo conociera. Mi memoria reconocía aquel rostro masculino de porcelana, y toda mi piel enloquecía al sentir las caricias de sus manos y labios. Era como si nos hubiéramos conocido durante una eternidad entera. De la misma manera que sentía que ya había estado dentro de aquella casona antes de siquiera haber puesto un pie en ella ¿Acaso eso era posible?

Y lo que más culpable me hacía sentir ¿porque lo disfrutaba tanto? Me repetía una y otra vez que no estaba siéndole infiel a Steve por apenas unos sueños, pero ciertamente sentía que lo había traicionado.

Caí de rodillas sobre el suelo de madera y las lágrimas llenaron mis ojos. Oí a alguien golpear la puerta y me estremecí de miedo. Ya no podía diferenciar entre sueño, alucinación y realidad. Tal vez Steve tenía razón, y me estaba volviendo loca.

Un segundo golpe.

— ¿Señorita Hawthorne? Soy el contratista. — dijo voz gritar desde afuera.

Claro. El contratista. ¿Ya era lunes? Había perdido todo sentido del tiempo. Me vestí y bajé los tres pisos corriendo, para luego abrirle la puerta al hombre

regordete.

Revisó cada centímetro de la casa, explicándome que cañerías había que reemplazar, que paredes había que derribar, que pintura sería la mejor para combatir la humedad y que muebles se podían restaurar. Yo apenas podía seguir el hilo de la conversación. No podía dejar de pensar en aquel sueño.

En Jeremiah.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y le preparé un café mientras él terminaba de esbozar un presupuesto acorde a mi ajustada situación. Cuando me dijo la cifra final me asusté; era mucho más costoso de lo que yo había imaginada. Pero asentí, invadida por una determinación inusual en mí. Sabía que de alguna manera, iba a lograrlo. Remodelar aquella casa era mi prioridad.

—Muy bien...empezaremos el jueves entonces.... — el hombre me dijo antes de darle un sorbo a su café. —Debo confesar que jamás imaginé que alguien querría restaurar esta casa. No después de todo lo dicen de este lugar.

— ¿Que dicen de este lugar?— lo interrumpí de la manera más brusca posible. La sonrisa en el rostro del hombre se desvaneció.

—Disculpe— el hombre bajó su cabeza. —No es asunto mío.

—No estoy ofendida— le respondí en un tono frío, sin emociones. — Simplemente tengo curiosidad ¿Por qué la gente le teme tanto a esta casa? Desde que he llegado solo he escuchado rumores de fantasmas, pero nada concreto.

—Bueno, imagino que para alguien de la gran ciudad esto suena a tonterías de campesinos— el hombre suspiró —Para serle honesto, yo no creo en los fantasmas. Me parece una idiotez. Usted me paga, yo trabajo, y punto. Pero ahora que estoy aquí, en esta sala.... — Hizo otra pausa para mirar alrededor

de la cocina —No puedo negar que se siente una energía rara en el aire ¿usted no la siente?—

¡Mierda que la siento!

No dije nada, dejé que el hombre continuara.

—Mi abuela era psíquica. Ya sabe, leía las palmas, el tarot y toda esa mierda. Yo siempre creí que eran pura habladurías, pero le diré en lo que creo. Creo que cuando alguien muere, una parte de su energía permanece aquí, con nosotros.

—En todas las casas muere gente. Especialmente si son así de viejas.... —me encogí de hombros, tratando de ocultar el pánico que me estaba invadiendo.

—Cierto. — el hombre asintió —Pero hay muertes y muertes. Creo que si la muerte fue violenta, o si aún quedan asuntos que resolver con los vivos, los espíritus rondan inquietos. Y la energía que despiden no puede ser buena....Bah, eso decía mi abuela. Que en paz descanse.

¿A qué se refería con *muerte violenta*? Estaba a punto de preguntarle aquello cuando el hombre se puso de pie y esbozó una sonrisa falsa en su rostro.

—Bueno, gracias por el café. No quiero demorarla con más supersticiones tontas...— el contratista me dio la mano. Parecía apurado por retirarse. — Comenzamos el jueves, Señorita Hawthorne. Un placer.

—El jueves...— le sonreí —Y llámeme Cassy, por favor.

Estaba tan tensa que hubiese sido capaz de sacarle información al contratista a los golpes. Quería comprender de lo que estaba hablando. Pero en su lugar lo

dejé ir y me quedé una vez más sola y retorciéndome con mis dudas. Me mantuve ocupada durante la tarde haciendo algunos recados en el pueblo. Cené en el mismo comedor del día anterior y por la noche volví a la mansión. Era la primera noche en la que no llovía.

Decidí continuar con la limpieza de la casa. La cocina y la sala habían quedado bastante bien. Ahora me faltaban los dos pisos superiores y el altillo. Y tenía la esperanza de que el trabajo físico me brindara una noche pacífica, sin sueños ni sobresaltos.

Subí hasta el altillo, escoba y aspiradora en mano. Era la primera vez que entraba en el pequeño cuarto; el abogado no lo había incluido en el recorrido. En cuanto abrí la puerta, una poderosa sensación me embargó. Inmediatamente caí de rodillas al piso, sin entender por qué. Me faltaba el aire, y me dolía el pecho.

—Es solo un ataque de pánico— me dije a mi misma, mientras todo mi cuerpo temblaba en el piso. No había tenido uno en mi vida, pero había leído sobre los síntomas en Internet. Me concentré en respirar hondo, en controlar mi respiración mientras el sudor frío cubría todo mi cuerpo. Al cabo de unos minutos, logré tranquilizarme.

Bajé hasta mi dormitorio, convencida de empezar la limpieza del altillo otro día. Si el contratista, o mejor dicho su abuela tenía razón y era cierto que la energía se acumulaba en un hogar, en aquel altillo estaba concentrada de manera impresionante. Me recosté en la cama y tomé unas profundas bocanadas de aire. Hasta que me di cuenta que no estaba sola.

Me incorporé en la cama con un movimiento violento, y él estaba allí, parado frente a mí. Mi respiración se agitó de nuevo, pero no sentía miedo. Estaba vestido con el traje de terciopelo oscuro de siempre, tan oscuro como sus cabellos. En su cuello blanco asomaba la línea roja que marcaba su piel. Y sus ojos me admiraban, embargados por la tristeza.

—Cassidy... — me dijo.

Esto no era un sueño.

—Nadie me llama así.... — le respondí, con voz temblorosa. Pero sabía que no iba a hacerme daño. No sabía cómo, simplemente lo sabía en el fondo de mi ser. — ¿Cómo se siente....estar muerto?

Mi propia pregunta me aterró; no sabía que me había impulsado a decir aquello, pero necesitaba saberlo. El hombre pareció estremecerse por mi interrogante. Una mueca de dolor se curvó en su boca y me sentí culpable.

—No lo sé. — me dijo con voz casi inaudible. —Yo no estoy muerto, pero tampoco estoy vivo. Estoy en un tortuoso estado intermedio.

No pude entender a qué se refería, pero inmediatamente recordé las palabras del contratista: *Si tienen algún asunto pendiente con los vivos....* Iba a preguntarle más al respecto, pero me interrumpió:

— ¿Sabes quién soy?— dio un paso cauteloso hacia mí, la luz de la luna se filtraba en el dormitorio, moldeando su hermoso rostro masculino.

—Eres Jeremiah....mi profesor de piano. — le respondí sin pensarlo. Las palabras brotaban de mí con voluntad propia.

El fantasma sonrió, y se acercó todavía más a mí. Me puse de pie para que nuestros rostros quedaran frente a frente, si bien él era más alto que yo. Se veía tan real que me quitaba el aliento, incluso podía sentir el calor emanando de su piel.

—Me recuerdas.... — Jeremiah suspiró con voz ronca y llena de felicidad. Por algún motivo, su felicidad me contagió, y mi corazón comenzó a golpear con furia contra mis costillas.

—No. La verdad, no. — le confesé. Su rostro se llenó de tristeza una vez más, y sus manos comenzaron a acariciar mis brazos suavemente. Hice lo mismo, sintiendo sus bíceps y deslizando mis manos sobre su pecho, hasta llegar a su cuello. No podía creer lo bien que se sentía tocarlo; apenas podía respirar de la emoción.

— ¿Acaso no recuerdas lo mucho que te amaba?— el fantasma insistió con un suspiro ronco.

No podía recordarlo, pero definitivamente podía sentirlo. Podía sentir el amor que ese hombre sentía por mi, y era devastador. También podía sentir ese mismo amor despertando en mi pecho, como una herida vieja que siempre había estado allí pero que yo nunca había notado. No podía parar de tocar sus brazos y su pecho, asombrada por el calor que emanaba de él.

—Se siente tan real.... — suspiré, y el fantasma me sonrió —....tan bien.

Sus labios estaban contra los míos al segundo siguiente, provocando una descarga eléctrica en todo mi cuerpo. Se sentían tan cálidos y tan suaves que gemí contra su boca. Me aferré a sus hombros y acompañé el beso con labios temblorosos. Podía sentir sus manos acariciando mis brazos, atrayéndome más cerca de él. Me acariciaba la espalda mientras el calor irradiaba de mi pecho hacia mi estómago, y mis muslos.

Nuestros labios se encontraban con una necesidad cada vez mayor; y mi corazón estaba a punto de explotar. Me temblaban las rodillas pero me sujeté a los hombros de Jeremiah mientras sus manos subían por mi cuello y acariciaban mi rostro. Me mordió el labio inferior suavemente y yo entendí la señal; separé mis labios para que su lengua entrara y cuando se rozó con la mía, me sentí estremecer.

Cuando abrí mis ojos, mi vista se fijó una vez más en las marcas rojas que rodeaban la piel blanca de su cuello. Sin pensarlo, me adelanté para deslizar

besos sobre ella. Jeremiah gimió mientras mis labios rozaban su piel, y sus manos se apuraron a quitarme la camisa. Cuando mi torso estuvo descubierto sentí un escalofrío, pero las manos y labios de Jeremiah me hicieron entrar en calor enseguida. Sus caricias sostenían mis pechos en forma insistente, y cuando uno de sus labios aprisionó mi pezón erecto despedí un aullido agónico de placer. La cabeza me ardía y mi clitoris palpitaba, y él me besaba, mordía y succionaba mis pezones, tomándose turnos con cada uno. Mis rodillas temblaban tanto que creí que iba a desplomarme en el suelo. Gemí su nombre una vez más y él me silenció con otro beso.

Me mordía los labios mientras sus manos luchaban con mis tejanos. Instintivamente, mis manos fueron a su entrepierna. Una oleada de vergüenza me invadió; era la primera vez que tocaba a un hombre que no era Steve. Además, ninguna de las veces que tuve sexo con él me había sentido tan urgente, tan...primitiva. Recién allí me percaté de lo que estaba haciendo, pero no me importó. Acaricié el miembro de Jeremiah y admiré su largo y su dureza mientras él gruñía de placer ante mis caricias. Me arrojó a la cama con fuerza, y aterricé sobre mi espalda mientras él se quitaba la camisa con movimientos veloces y desesperados. Tuve que contener otro gemido cuando contemplé el pecho desnudo de Jeremiah; parecía una escultura del más fino marfil; con suaves músculos marcados en su abdomen.

Quise besar cada centímetro de aquel torso, pero no tuve tiempo. Inmediatamente sentí su cuerpo sobre el mío y lo recibí con brazos abiertos. Todavía no podía creer lo caliente que se sentía su carne. Me besó una vez más, en forma salvaje, enterrando su lengua en mi boca con un gemido. Luego sus labios se deslizaron por mi cuello y me estremecí de nuevo. Su cabello oscuro me hacía cosquillas mientras su boca recorría mi pecho, y mi estómago. Se detuvo a besar mis pezones, y cuando mordió uno suavemente, temí correrme más pronto de lo deseado. Nunca antes había sentido algo tan intenso por otra persona.

Sus manos se deslizaban hacia abajo, luchando con mi ropa interior. Cuando estuve completamente desnuda, la humedad entre mis piernas se sintió fría al entrar en contacto con el aire. Pero pronto sentí el calor de la palma de su mano cubriéndola y yo gemí de nuevo. Sus labios le dieron un descanso a mis

pezones y subieron hacia los míos una vez más. Me aferré a su cabello negro mientras nuestras lenguas se encontraban y su mano me masturbaba suavemente. Dibujaba círculos en mi clítoris empapado, y yo solo podía retorcerme de placer. Él admiraba cada una de mis reacciones con una sonrisa fascinada, y cuando uno de sus dedos me penetró, él silenció mi gemido con otro beso. Su índice entraba y salía de mí mientras su lengua exploraba hasta el último rincón de mi boca. Yo sentía que iba a ahogarme de placer.

Cuando yo me sentía a punto de correrme. Jeremiah se apartó de mí por un momento, y la ausencia de su cuerpo se sintió dolorosa. Se incorporó para quitarse los pantalones y la ropa interior y en menos de un segundo su cuerpo estaba sobre el mío de nuevo, nuestras bocas unidas en un pasional beso.

Nuestros labios se encontraron, y también nuestras lenguas y dientes, mientras yo sentía la polla dura de Jeremiah rozando contra mi entrada. Cuando empezó a mecer sus caderas a un ritmo lento y cadencioso, el placer me invadió. Jamás había sentido algo así; la polla de otro hombre rozando mi clítoris, sin penetrarme, y se sentía delicioso. Gemí fuerte, y Jeremiah sonrió antes de morder mis labios. Enredé mis dedos en su cabello con fuerza, aferrándolo lo más cerca posible a mí.

Pero sus labios volvieron a descender por mi cuerpo, y yo me contraía de placer al sentir sus labios en mis pezones duros. De pronto, sentí que agregaba un segundo dedo, y mi cuerpo se arqueó contra mi voluntad. Definitivamente era algo nuevo, esta desesperación por ser llenada, por ser penetrada. Jeremiah me ofreció otra sonrisa antes de continuar su labor. Sus dedos entraban y salían de mi interior, y yo apenas podía respirar. Era algo tan increíble que creí que iba a morir allí mismo.

—Jeremiah... —gemí —Te he extrañado tanto.

Una vez más, de mi boca salían palabras que no eran mías, pero que yo sentía con todas mis fuerzas. Jeremiah se incorporó sobre mi cuerpo, hasta que nuestros rostros estuvieron a milímetros de distancia.

—Yo también te he extrañado, Cassy...muchísimo. — susurró contra mis labios al mismo tiempo que me penetraba por primera vez.

Cuando Steve me penetraba generalmente yo sentía algo de dolor e incomodidad, a pesar de no ser virgen. Sin embargo con Jeremiah solo pude sentir placer mientras su polla entraba en mí. No podía creer lo que estaba ocurriendo; todo era tan perfecto y natural, y a pesar de su tamaño impresionante, parecía que encajaba a la perfección dentro de mi cuerpo. Emití un quejido lastimoso y Jeremiah me tranquilizó apoyando sus manos suavemente en mi espalda. Se inclinó para depositar un tímido beso en mi hombro y yo me estremecí una vez más. A un ritmo lento, su polla se movía dentro de mí. Jamás creí que todo podía sentirse tan bien con un hombre.

Jeremiah comenzó a mover sus caderas, penetrándome despacio. Su polla se sentía increíble dentro de mí, y deje escapar otro gemido de placer. Poco a poco y sus movimientos se hicieron más rápidos y ansiosos. Su rostro estaba a milímetros del mío y me besaba ocasionalmente. Yo mordía sus labios mientras su polla me ensanchaba al máximo. Arañaba suavemente su espalda mientras su pecho rozaba con los míos con cada empujón. Y su cuerpo rozaba mi clítoris con cada embestida, sumándole una fricción de placer deliciosa.

Me corrí con un espasmo violento, y él seguía empujando dentro de mí con una sonrisa. Todo mi cuerpo vibraba y la cabeza me daba vueltas. Mis músculos se contrajeron alrededor de su polla y pronto su semen me estaba llenando. Gemí de placer al sentir ese líquido ardiente brotando dentro de mí, mientras la polla de Jeremiah pulsaba fuera de control.

Se desplomó sobre mi cuerpo, exhausto. Permanecimos así por unos largos segundos, en silencio. Su polla aún estaba dentro de mí y nuestros cuerpos estaban jadeantes y agotados luego del orgasmo. Mil cosas pasaban por mi mente mientras acariciaba su cabello negro con mis dedos y sentía su calor sobre mi cuerpo.

—Gracias....gracias por esto.... —Jeremiah susurró contra mi pecho.

Le estaba por preguntar a qué se refería, cuando se desvaneció frente a mis ojos.

Capítulo cinco

Había pasado la noche sola, con mi piel aún caliente por las caricias de Jeremiah. Los primeros rayos de sol se filtraron por mi ventana y me desperecé, desnuda entre las sábanas. Mis músculos dolían un poco, recordándome lo que había hecho la noche anterior. Pero era un dolor dulce. Con un gran dejo de culpa también. El aroma de Jeremiah aún permanecía en mi cama, y eso me hizo sonreír. Tan solo deseaba que él se hubiese quedado conmigo.

— ¡Cassy! ¡Abre la puta puerta!— la voz de Steve me alejó violentamente de mis ensoñaciones.

Steve.

Mierda.

Alcancé a ponerme la ropa interior, los pantalones y los zapatos mientras él seguía golpeando la puerta sin cesar. Bajé las escaleras corriendo mientras me terminaba de poner una camiseta. Abrí la puerta tratando de fingir una sonrisa.

—Hola ¿qué haces aquí?— le pregunté mientras lo dejaba pasar. Ni siquiera intenté darle un beso; eso sería demasiado injusto con él. Pero por lo furioso que lucía, besarme era lo último en su mente.

— ¿Qué haces tú aquí?— me preguntó — ¿Acaso no piensas volver a casa?

—El jueves ya empiezan las remodelaciones, y estaba pensando quedarme aquí para asegurarme que hagan un buen trabajo.

Apenas podía hablar sin que me temblaran los labios ¡me sentía tan culpable! Pero al mismo tiempo, no podía sentir respeto por Steve.

—Cassy... — me interrumpió —Estás loca si piensas que voy a mudarme en este pueblo de mala muerte.

Suspiré. En aquel momento, mientras mi cabeza todavía daba vueltas por los recuerdos tan vividos de la noche anterior, no pude sostener más mi fachada. Ese muro que yo había levantado quien sabe cuántos años atrás. Ese muro que me impedía ver que yo no amaba a Steve, y que él no me amaba a mí. Ese muro que había levantado por mi propia cobardía a dejarlo, mi cobardía a estar sola ¿quién me querría si no era él?

Ese había sido mi miedo desde el principio ¿quién iba a quererme a mí? Por eso había ignorado los maltratos de Steve, por miedo a estar sola. Pero nunca más. Ahora tenía a alguien que realmente me amaba, aunque fuera un fantasma. Y aunque no tuviera a nadie, no tenía por qué aguantar esos maltratos por parte de nadie.

En ese momento, no pude sostener más ese muro. Estaba cayéndose a pedazos. No podía continuar con él. No podía casarme con él.

—Escucha...—me dijo, cambiando su tono de voz rabioso por uno dulce. Era lo mismo que hacía siempre. Cogió mis manos y me sonrió —Entiendo que estas nerviosa por la boda, pero no necesitas hacer todo esto.

— ¿Hacer qué? —pregunte casi al borde de las lágrimas.

—Este...proyecto de remodelación. Tal vez todavía te sientas mal por haber

perdido tu empleo, pero tampoco necesitas trabajar una vez que nos casemos.

Suspiré. No tenía fuerzas para éter aquella discusión de nuevo.

—Steve, no entiendes. Yo quiero remodelar esta casona. Y yo quiero trabajar. No tiene nada que ver contigo ¿entiendes? Es mi proyecto, mi vida.

Su sonrisa se desvaneció.

— ¡¿Por qué?! ¡Una vez casada conmigo no necesitas trabajar!

— ¡Pero yo quiero hacerlo! — alcé la voz. Era la primera vez que le gritaba a Steve, que no me daba por vencida en una discusión., y aquello lo sorprendió. Luego observó mi pecho desnudo y arqueó una ceja.

—Tú has tenido sexo.... — soltó mis manos con desprecio. Yo sentí pánico.

Empecé a balbucear algo inentendible, tratando de reordenar mis pensamientos y mis palabras ¿Realmente había tenidos sexo? ¿O había sido todo una fantasía? Comencé a sentirme mareada mientras él me exigía una respuesta.

— ¿Tienes un hombre aquí?— insistió a la par que subía las escaleras dando trancazos.

Lo perseguí, pero no pude evitar que entrara al dormitorio y viera las sábanas revueltas

— ¡Pedazo de puta! ¡Por eso querías estar sola! —comenzó a rugir, y yo sentí verdadero miedo.

—No fue exactamente así.... — murmuré. Pero ¿Cómo explicárselo, cuando apenas yo comprendía lo que estaba ocurriendo?

Ni siquiera era un hombre, era un fantasma. Pero tampoco tuve mucho tiempo para aclarar mis ideas; Steve golpeó mi cara antes de que yo pudiera responder.

–Hijo de puta...–murmuré mientras presionaba mi mano fría sobre mi cara ardiente por el dolor. No podía creer que me había golpeado. Y él tampoco podía creer mi respuesta. Sacudió su cabeza y suspiró.

–Mira...Te perdono ¿De acuerdo? –Me dijo en voz baja –Todos cometemos errores, estás alterada porque has perdido tu empleo y por esta estúpida casa. Pero todo estará bien ¿sabes?

Dio otro paso hacia mí y volvió a coger mis manos con dulzura.

–Una vez casados, todo estará bien. No tendrás que preocuparte por nada Yo me encargaré de todo. Ni siquiera tendrás que trabajar. Tan solo vendamos esta casa y olvidémonos que todo ha ocurrido ¿sí?

Avanzo hacia mi rostro para besarme. Pero yo me aparté. La idea de besarlo me daba asco.

– ¿Acaso no lo entiendes? ¡Yo deseo trabajar! –Le grité a viva voz – ¡Estoy cansada de repetírtelo! ¡No quiero vivir encerrada en tu departamento! ¡Quiero tener mi vida y mis proyectos!

Los ojos se me llenaron de lágrimas y mi corazón estaba a punto de estallar, pero una adrenalina liberadora me invadió. Era la primera vez que alzaba mi voz ante Steve y si bien yo estaba temblando, no tenía miedo. Por supuesto, a él no le gustó mi respuesta, Su cara se tiñó de un rojo furioso y apretó los dientes. También cerró sus puños y sus nudillos se tornaron blancos. Anticipé

un segundo golpe pero me mantuve firme.

– ¡¿Por qué?! – Chilló – ¡Zorra desagradecida! ¡Ya sé para qué quieres ir a trabajar todos los días! ¡Para follarte más tipos! ¡No es verdad?

Avanzó hacia mí con furia pero yo esquivé su segundo golpe. Presa de una furia jamás imaginada lo empujé con todas mis fuerzas contra la puerta del dormitorio. Esta estaba abierta y Steve tropezó de espaldas. Rodó por las escaleras y yo lo vi caer con una mezcla de preocupación, alivio y orgullo. Cayó sentado en el primer descanso de la escalera y yo supe que no se había hecho daño. Pero estaba mareado y asustado de mí. Eso me envalentonó todavía más.

– ¡Vete! –Le grité – ¡Y vete a la mierda también!

Me quité mi anillo de compromiso y lo lancé sobre su estómago. Quitarme aquella joyería me hizo sentir libre.

–No quiero verte más. –le dije con el aliento entrecortado y el cabello revuelto –Vete.

Subí de nuevo al dormitorio y me encerré en él. La tensión escapó de mí en forma de temblores y lágrimas. Asustada, pegué mi oído a la puerta y solo me tranquilicé cuando lo oí abandonando la casona de un portazo. Me terminé de relajar cuando oí el motor de su auto encendiéndose y alejándose. Solté una carcajada ¡Finalmente era libre!

Sin embargo, lloré durante un buen rato más, sentada en el piso de madera del dormitorio. Ignoro cuantas horas pasaron hasta que tuve las fuerzas para ponerme de pie y enjugarme las lágrimas. El resto del día la culpa me

consumió ¿Realmente era una zorra por haberlo engañado? ¿Lo había engañado? La voz de Steve llamándome *puta, puta, puta* retumbaba en mi cabeza con dolor ¿Y si él tenía razón? ¿Acaso mi experiencia sobrenatural contaba cómo sexo? Steve era un idiota, ahora podía verlo con claridad, sin embargo no había disfrutado lastimarlo, así. Al mismo tiempo sabía que era lo mejor. No podía casarme con un tipo que me había golpeado.

Todo gracias a esta puta mansión.

Pero a la vez, de no ser por esta mansión, yo jamás hubiese experimentado la felicidad más grande en toda mi vida. Hubiese vivido una mentira por el resto de mi existencia con un hombre que no me amaba. Con un abusador. Sea cual sea la fuerza que habitaba en aquella casona y me hacía alucinar, yo debía agradecerle.

Esa tarde conduje al pueblo para comprar un solo ítem; una botella de whisky. Lo cargué a la tarjeta de crédito, por supuesto. Yo no era de beber pero para el anochecer la botella ya estaba llegando a su fin. Había cierta libertad en haber tocado fondo; de ahora en más, yo podría hacer con mi vida lo que deseara. Tenía casa propia, tan solo debía buscar un empleo en el pueblo. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Jeremiah ¿porque se había desvanecido así?

¿Yo era realmente una puta infiel? ¿El sexo con un fantasma cuenta cómo sexo? Estallé de risa solo ante esa pregunta *¿En todo caso, Steve era una mierda y se merecía que yo le pusiera los cuernos!*, sentenció antes de darle otro trago al whisky, sentada en el suelo de la cocina a medianoche.

La garganta me ardió; no estaba acostumbrada al alcohol. Recordé una vez más a Jeremiah. Necesitaba mucho verlo de nuevo.

Me arrastré hasta el dormitorio, un poco mareada por la bebida. Me desplomé en mi cama boca abajo; todo mi cuerpo ardía y la mente me daba vueltas. Me quedé dormida enseguida, deseando con todas mis fuerzas volver a ver a Jeremiah.

Cuando abrí los ojos, supe que estaba soñando de nuevo. Miré hacia abajo, hacia mi propio cuerpo, y noté que estaba usando el mismo vestido antiguo de mi sueño anterior. Mis pies se movían en contra de mi voluntad; estaba subiendo las escaleras. Abrí la puerta del altillo y Jeremiah estaba esperándome con una gran sonrisa. Los rayos de sol se filtraban por las rendijas del techo, y su cabello negro brillaba casi azulado.

Me arrojé a sus brazos, con un beso desesperado.

—Nos van a descubrir.... — Jeremiah me advirtió entre besos, mientras me abrazaba con fuerza contra su pecho.

—No me importa....no me importa.... — supliqué mientras mordía sus labios con un hambre voraz.

Una vez más, yo podía sentir las emociones de la persona del sueño. Era yo, y al mismo tiempo no lo era. Pero sus sentimientos, su pasión, su necesidad por Jeremiah eran también mías. Lo besé, lo abracé y lo mordí con desesperación, disfrutando cada roce con el corazón acelerado. Sus manos se enredaban en mi cabello y me atraían hacia él con fuerza.

— ¿Qué está ocurriendo aquí?— una voz estruendosa nos interrumpió.

Giré para encontrar a un hombre de espesos bigotes curvados observándonos

con asco. Sus ropas eran similares a las mías, y de sus ojos brotaba un odio descomunal.

—Padre.... — me escuché a mí misma decir, a pesar de que no conocía a aquel hombre.

— ¿Es esto lo que has estado haciendo en tus clases de piano?— me increpó con furia. — ¡Estás comprometida! ¿Lo has olvidado? ¡Con el hijo de Mastden!

— ¡No quiero casarme con el hijo de Mastden! —Respondí con la misma valentía con la que me había enfrentado a Steve horas antes — ¡Tú lo has elegido, yo no! ¡No lo amo! ¡Amo a Jeremiah!

Los ojos de mi padre se abrieron con furia desmedida.

— ¡Eres una puta! —Me dijo— ¡¿Cómo has podido?! ¡¿Cómo vamos a casarte ahora que te has acostado con él?!

Otra vez *puta*. Parecía que en tanto en la vida real como en mis ¿alucinaciones? ¿Vidas pasadas? esa era la palabra que todos los hombres tenían para calificarme cuando yo simplemente deseaba tomar mis propias decisiones.

—Amo a Jeremiah —volví a repetir. Y tanto la persona del sueño como yo compartíamos la misma determinación. Sentí aquellas palabras como mías. No me importaba si él no era real, mi amor por él definitivamente lo era.

Mi padre miró a Jeremiah y escupió

—Coven, eres un degenerado... ¿para esto te pago? ¿Para qué folles a mi hija como si fuera tu puta?

Di un paso hacia adelante con las manos abiertas, tratando de calmarlo. Pero solo recibí un puñetazo en la cara, Sentí el dolor como propio, y caí al piso mareada. Con los ojos entreabiertos, pude distinguir a mi padre luchando con Jeremiah. Traté de incorporarme, a pesar de que estaba débil y asustada. Mi padre derribó a Jeremiah con otro puñetazo en su rostro. Vi su cuerpo caer y el pánico y la furia me invadieron. Mi padre no dejaba de golpearlo, una y otra vez en la cara, mientras este yacía en el piso.

Pude escucharme a mí misma gritar *¡basta!* Quería ponerme de pie y pelear, pero mi cuerpo estaba débil, muy débil. Mi padre giró hacia mí y lo vi quitarse su cinturón. Me cubrí la cara instintivamente, y chillé de dolor. Siguió otro golpe, y otro. Un fino hilo de sangre cubrió mi ojo, pude ver a Jeremiah yaciendo inconsciente en el piso de altillo. Chillé una vez más, desesperada, pero los golpes no cesaban, de hecho se hacían más fuertes y dolorosos.

Cuando el dolor estaba punto de cegarme, vi a Jeremiah ponerse pie. Con una furia súbita golpeó a mi padre, alejándolo de mí.

– ¡No la toques, desgraciado! –rugió Jeremiah. Estaba a punto de abalanzarse de nuevo sobre mi padre cuando este sacó su arma de su cinturón. Separé mis labios para gritar pero el disparo sonó antes. Miré por última vez a Jeremiah, con la herida de bala brotando sangre en su pecho, y todo se tornó negro a mí alrededor.

Desperté gritando, temblando fuera de control en mi propia cama. Todo mi cuerpo estaba cubierto de un sudor frío, y mi corazón se sentía a punto de estallar. Hacía tiempo que no tenía una pesadilla tan horrible. Seguramente había sido gracias al alcohol. Me senté en la cama, tranquilizándome, diciéndome a mí misma que había sido tan solo una pesadilla.

Deseaba con todas mis fuerzas ver a Jeremiah de nuevo. No en sueños, quería verlo junto mi como en la noche anterior, sentir sus besos y su calor. Lo necesitaba. Solo él podría confortarme en aquel momento.

Me incorporé bajo las sábanas, esperando su llegada. Traté de llamarlo con mi mente. Necesitaba tanto de sus besos y caricias en aquel momento, necesitaba sus ojos oscuros y sus sonrisas cálidas. Como una niña tonta, pensé que si lo deseaba con suficiente fuerza, él aparecería frente a mí.

Pero no lo hizo.

Capítulo seis

Las remodelaciones de la casa comenzaron esa misma semana. Los obreros entraban y salían, rompiendo paredes, corriendo muebles, y volviéndome loca. Yo pasaba la mayor parte del tiempo buscando empleo en el pueblo o reclusa en mi dormitorio esperando a Jeremiah.

Pero durante las semanas siguientes no tuve noticias de él. Estaba llegando a la conclusión de que realmente me estaba volviendo loca. La necesidad de volver a verlo era dolorosa. Y además, tenía mil preguntas en mi mente que no tenían respuesta.

También tenía miedo de quedarme dormida; la última pesadilla me había afectado más de lo que hubiese imaginado. Cuando cerraba mis ojos, aún podía sentir el ardor de los cinturazos contra mi cuerpo y temblaba de miedo. No solo eso, el sentimiento devastador de ver a Jeremiah herido me acompañaba día y noche.

Una tarde, mientras los obreros se dedicaban a derribar la pared de la cocina alegremente, conduje hasta el pequeño comedor en la ruta. Necesitaba respuestas, de donde sea. Me senté en la misma mesa de la primera vez, en esperanzas de que me atienda la misma camarera supersticiosa. Cuando la muchacha me reconoció, su rostro se tornó pálido. Luego fingió una sonrisa y me ofreció:

— ¿Que va a desear hoy, Srta. Hawthorne?

—Cassy, por favor....—le dije con una sonrisa — Deseo que te sientes y me cuentes todas las historias de fantasmas que hay acerca mi casa....

La muchacha abrió su boca formando una O silenciosa.

—No creo que yo....

— ¡Por favor!— le imploré, casi al borde de las lágrimas. La camarera se apiadó de mí y tomó asiento.

—La verdad no sé mucho más que el resto del pueblo— su voz temblaba un poco y sus ojos estaban fijos en la mesa —Dicen que hay fantasmas en aquella casa. Cuando los espíritus no pueden descansar bien, rondan en el lugar donde han muerto. Especialmente si hubo un hecho violento.

—Ya he escuchado eso. — La interrumpí — ¿Qué hecho violento ha ocurrido en esa casa?

La muchacha me observó con sus grandes ojos azules. Sus labios temblaban, y me di cuenta que estaba buscando con extremo cuidado sus próximas palabras.

—En el 1800 y algo...el jefe de la familia Hawthorne iba a casar a su única hija con un hacendado de otra familia. Pero ella se enamoró de s profesor de piano. Furioso, su padre lo asesinó... Allí fue cuando la línea genealógica se terminó y los Miller se adueñaron de la propiedad.

Sus palabras no me sorprendían; de hecho, una parte de mi cerebro ya sabía

todo. Incluso lo había vivido en carne propia en mis sueños.

Si es que efectivamente, había sido un sueño.

— ¿Qué ocurrió con la muchacha?— insistí en voz baja.

—Se casó con el hombre que su padre había elegido para ella, pero unos meses después se suicidó. Se colgó. Dicen que su espíritu merodea en la mansión.

Al terminar su relato, la camarera terminó apartó la vista y yo pude notar la piel de gallina en sus delgados brazos.

Pero había algo que no tenía sentido; no era el fantasma de la muchacha Hawthorne, mi antepasado, el que yo había visto, sino el de Jeremiah. Me acerqué y tomé su mano para tranquilizarla.

—Dime... ¿el nombre Jeremiah Coven significa algo para ti?— le pregunté.

—No...—la muchacha sacudió la cabeza —Me suena familiar, pero no recuerdo ninguna historia sobre él. Lo siento.

—No te disculpes— le sonreí —Me has ayudado más de lo que tú crees.

Le dejé la propina más generosa que mi limitado presupuesto me permitía, y abandoné el comedor. Mi próximo destino fue la biblioteca del pueblo. En cuanto le dije a la empleada que buscaba información sobre Jeremiah Coven, su sonrisa se desvaneció.

—La sección de Crimen está en el ala izquierda.... — La señora me apuntó con el dedo un tanto tembloroso. Yo sentí un nudo formarse en mi estómago, pero igual le sonreí en agradecimiento.

Imaginé que iba a perderme entre tantos libros, así que primero fui a uno de los ordenadores y tipee el nombre de Jeremiah en el buscador. Los resultados hicieron que mi corazón diera un brinco.

Aparentemente Jeremiah Coven había llegado de Europa y, bajo el pretexto de dar clases de piano a jovencitas de clase acomodada, había abusado de ellas. Hasta que el padre de una de sus víctimas hizo justicia por mano propia.

Las ganas de vomitar subían por mi pecho a medida que leía esas palabras. No podía creer con cuánto desprecio se referían a Jeremiah, como si fuese un monstruo. Su nombre estaba a la par de asesinos en serie y violadores. Tampoco podía creer que aquel espíritu que me había provisto de un amor tan gentil fuese capaz de abusar de nadie. Me alejé de la computadora, mareada y con ardor en mi estómago. Ya no sabía en qué creer.

Corrí hacia mi auto y conduje de vuelta a casa de la manera más imprudente en toda mi vida. Las lágrimas caían por mis mejillas fuera de control. No podía creer que Jeremiah hubiese cometido esos crímenes tan horrendos. Al mismo tiempo, la imagen de su cadáver ensangrentado en el altillo me aterraba. Aun cerrando mis ojos podía verlo.

Cuando llegué a la mansión, los obreros ya se habían retirado por el resto del día. Estaba atravesando el umbral de la puerta cuando oí una suave melodía en el piano.

Era él.

Con mis rodillas temblando, caminé hacia la sala de estar. Jeremiah estaba sentado al piano, vestido con su impecable chaqueta de terciopelo negra y acariciando las teclas con su talento habitual. La música me brindaba un extraño alivio. Caminé hacia él y noté que su cuerpo no se veía tan vivido como la última vez. Toda su figura tenía una iluminación tenue que irradiaba de su interior. Me acerqué y deslicé mis dedos suavemente por su cuello.

—Estás triste. Puedo sentir esa tristeza en mi pecho —dijo él, sin alejar los dedos de las teclas —Lamento no haber podido defenderte de él.

Estaba refiriéndose a Steve. Pero yo ya lo había olvidado por completo. No era aquello lo que me molestaba.

—Jeremiah ¿Realmente.... has...?—le dije con voz temblorosa. Su piel también se sentía más tibia que lo habitual. Jeremiah interrumpió su canción, y una mueca de dolor se curvó en sus labios.

La expresión de vergüenza y dolor en su rostro fueron respuesta suficiente. Y yo no podía creer que, aunque sea por un segundo, haya sospechado algo tan horrible de él.

—Jamás he abusado de nadie....Ni siquiera he tenido romances con otras alumnas. Solo contigo. Inventaron esas mentiras sobre mí para justificar su crimen — Me dijo, compungido, mientras sus ojos estaban fijos en las teclas del piano. —Yo me enamoré de ti.

No pudo terminar la frase. Yo deslicé mis dedos hasta su barbilla y lo obligué a mirarme. Sus ojos oscuros resplandecían, llenos de lágrimas. Ante la luz de

la luna que se filtraba por los ventanales, Jeremiah parecía una escultura de hielo. Su piel brillaba y yo pensé que era lo más hermoso que jamás había visto.

—Yo te amaba.... —Jeremiah terminó la frase. —Pero...tu padre....

—Lo sé...lo he visto— lo interrumpí. —Yo también te amaba.

De pronto, toda la información que estaba dando vueltas en mi cabeza cobró sentido frente a mis ojos. Yo había presenciado mí la muerte de Jeremiah, en manos del que había sido mi padre. Yo había sido la muchacha Hawthorne en otra vida, y el amor por Jeremiah había sobrevivido hasta aquellos tiempos.

—Te amo ahora...— le dije, sin siquiera pensarlo. Las palabras brotaron de mí con toda la naturalidad del mundo, como si siempre las hubiese sentido.

Jeremiah se incorporó del piano y me besó.

Capítulo siete

En menos de un minuto estábamos escaleras arriba, en el dormitorio principal. Las manos de Jeremiah recorrían todo mi cuerpo, despojándome de mis ropas

con una necesidad primitiva. Yo hacía lo mismo, sin despegar mis labios de los suyos. Le arranqué su camisa y acaricié su pecho firme y su abdomen plano. Su piel se sentía levemente fría, pero suave como la seda.

Una vez que estuve desnuda, sentí sus labios en mi cuello y en mis pechos, haciéndome gemir de placer. Enredé mis manos en su cabello negro, y cerré los ojos, rindiéndome al placer. Caí en la cama sobre mi espalda y el cuerpo de Jeremiah me cubrió una vez más. Además de frío, se sentía más liviano que de costumbre. Lo abracé y lo estudié con mis ojos; realmente parecía un fantasma esta noche. Su piel resplandecía bajo la luz de la luna. Sus caricias también se sentían mucho más suaves y livianas. Aun así, lograba sacarme todo tipo de suspiros y jadeos.

Mordí sus labios y dejé que su lengua entrase en mí. Me estremecí bajo su tacto y me entregué por completo. Jeremiah besaba mi cuello y mordía suavemente mi hombro mientras yo lo abrazaba con todas mis fuerzas. Me penetró con urgencia mientras lamia mis pezones. Una vez más, me estremecí de dolor y placer. Una sonrisa se curvó en mis labios al sentirlo dentro de mí. Comenzó a empujar con sus caderas, y su polla dura me llenaba por completo.

Entraba y salía de mí, sin romper el contacto visual. Yo amaba mirar esos ojos oscuros mientras me penetraba. El placer se apoderaba de mí a medida que Jeremiah entraba y salía, cada vez más rápido. Me corrí abrazada a él mientras me retorció de placer. Me aferré a su espalda con mis uñas y dejé escapar un fuerte gemido de placer. Jeremiah embestía cada vez con más fuerza, mientras mis músculos internos se contraían a un ritmo delicioso alrededor de su polla.

Cuando finalmente se corrió dentro de mí, sentí unas lágrimas frías cayendo sobre mi rostro. Su semen me desbordó mientras su cuerpo, casi traslúcido, se arqueaba de placer. Dejó escapar un largo quejido y se desplomó sobre mi

cuerpo agotado.

Permanecimos abrazados un rato, en silencio, en la oscuridad de mi dormitorio. Yo jugaba con sus cabellos negros mientras sentía su semen tibio deslizarse fuera de mí por mis muslos. Jeremiah besaba mi pecho, mi cuello y mis hombros, hasta llegar a mi rostro. Pero sus labios se sentían cada vez más fríos, más tenues. Cuando abrí mis ojos, apenas podía ver su rostro.

— ¿Qué ocurre?— le pregunté. Tenía pánico de que se volviese a desvanecer como la primera noche, dejándome sola.

—Me estoy debilitando...— Me confesó con voz queda—No podré estar mucho tiempo más contigo. Probablemente esta sea la última vez que nos veamos.

Esas últimas palabras fueron como una daga directo a mi corazón.

— ¿Por qué?— Me incorporé en la cama con un movimiento repentino.

—Yo no pertenezco al mundo de los vivos, Cassidy. — Jeremiah me explico, sus ojos estaban llenos de lágrimas. —He rondado demasiado tiempo en estas paredes, esperándote, y ahora finalmente puedo descansar.

— ¡No tiene sentido!— Elevé la voz, furiosa — ¿Finalmente nos encontramos de nuevo, y me abandonas?

—Yo permanecía aquí porque tenía algo que resolver. Necesitaba volverte a ver, saber que me habías perdonado, y que aún me amabas. Ahora ya lo sé, y

puedo llevarme ese amor conmigo, en lugar de resentimiento y odio.... — Jeremiah acarició mi barbilla y me sonrió —Cassy, tú me has dado paz.

No pude contener las lágrimas que rodaban por mis mejillas. Me dolía el pecho. Era tan injusto; ¿porque justo después de haberme enamorado, de haber descubierto quién realmente era, él me tenía que abandonar?

— ¿No puedo irme contigo?— Le pregunté entre lágrimas.

—No. — La respuesta de Jeremiah fue muy severa, como si estuviera enojado conmigo. —Tú perteneces al mundo de los vivos, Cassy. Y aún te toca mucho por vivir.

—No quiero que me dejes...— susurré, en un tono casi inaudible. Todo mi cuerpo temblaba.

—Nos volveremos a encontrar.... — El cuerpo de Jeremiah se estaba haciendo cada vez más transparente. Me dedicó una última sonrisa —...mucho antes de lo que esperas.

No entendí sus últimas palabras. El pánico me invadió al darme cuenta que Jeremiah estaba a punto de partir, y que jamás lo volvería a ver.

Rozó sus labios contra los míos por última vez.

—Te amo.... —Me dijo antes de desvanecerse para siempre. Le respondí entre lágrimas, pero nunca supe si pudo oírme.

Capítulo ocho

Luego de casi dos meses, las remodelaciones estaban terminadas. Aquella soleada mañana en la cual los obreros se estaban retirando, alcé mi vista desde el jardín. La casa realmente parecía otra. Algo de hiedra subía por la pared lateral, pero no era nada en comparación a lo que una vez había sido. Ya no había humedad en el interior, ni olor a moho. Casi todas las cañerías habían sido reemplazadas por otras más modernas, al igual que la cocina y la tina. Colores claros y luminosos adornaban las paredes, haciendo que cada cuarto se viera el doble de espacioso.

Ya que había conseguido empleo en la biblioteca del pueblo, me pude dar el lujo de cambiar todas las alfombras de a casa, además de instalar una línea telefónica. ¡Y hasta Internet! Pero a pesar de todas las modernizaciones de la Mansión Hawthorne, la casa aún conservaba ese semblante de otra época.

—Creo que este es mi mejor trabajo— el contratista suspiró, a mi lado en el jardín— ¡Es increíble que sea la misma casa!

—Realmente lo es.... — le dije mientras contemplaba la mansión. Saqué la chequera de mi bolsillo, la apoyé sobre mi rodilla y comencé a escribir un cheque.

—Estará muy cómoda, teniendo esta casa solo para usted.... —dijo el hombre. Pero un segundo más tarde se encogió de hombros. Sabía de mi ruptura con

Steve y no quería meter el dedo en la herida. Pero la verdad es que el dolor que me agobiaba no tenía nada que ver con mi ex prometido.

—No viviré aquí. — Le dije mientras le ofrecía el cheque — He decidido vender la Mansión y volver a la ciudad.

— ¿De veras?— el contratista abrió sus ojos, sorprendido —Bueno, es su decisión. Y creo que con todas las refacciones que hemos hecho le darán un monto más que generoso por ella.

—Eso espero— dije con una sonrisa fingida mientras guardaba mi chequera en el bolsillo de mi chaqueta.

Estrechamos las manos nos despedimos y en menos de cinco minutos yo estaba sola de nuevo. Crucé el umbral una vez más, y contemplé la casa desde adentro. Suspiré, mientras permanecía de pie en la sala de estar. Realmente era un bonito lugar para vivir, pero no podía quedarme allí. Simplemente no podía. Había demasiados recuerdos y muy dolorosos.

Tenía planeado presentar mi renuncia en la biblioteca, poner la casona en venta y regresar a la ciudad el lunes. Una vez en la capital debía buscar un nuevo empleo. Era una verdadera pena, porque disfrutaba mucho trabajar en la pequeña biblioteca del pueblo. Pero mientras más tiempo permanecía allí, más me torturaban los recuerdos de Jeremiah.

Jeremiah.

Incluso dormir en aquel dormitorio principal era una tortura excruciante. Noche tras noche no dejaba de recordar las caricias y besos que Jeremiah me

había brindado. Nunca nadie antes me había tocado de aquella manera, con tanta dulzura y pasión. Me preguntaba dónde estaba, si acaso podría verme o sentirme. Pero no había tenido más noticias de él desde nuestra última noche juntos. Una parte de mí estaba reconfortada, porque sabía que finalmente Jeremiah estaba en paz, Otra parte de mí, sufría por no poder tenerlo a mi lado.

La noche había llegado. Sabía que esas serían mis últimas horas en aquella mansión y eso me provocaba tanto alivio como tristeza. Me di una ducha rápida en el nuevo y flamante baño, y decidí cenar afuera. Cada minuto en aquella casa era excruciante, así que conduje sin rumbo fijo y sin mirar atrás.

Al cabo de veinte minutos, encontré un pequeño motel. Tenía grandes letras luminosas en la entrada y un comedor con salón de baile anexo. Varias veces había pasado por allí en mi regreso de la biblioteca, pero nunca lo había visto por dentro. Decidí que esa sería la noche. No sé qué me impulsó a bajar del auto y entrar en el motel. Pero lo hice. Era un lugar modesto pero bonito. Tal vez sería buena idea cenar y pasar la noche allí, lejos de la Mansión. Lejos de los recuerdos de Jeremiah.

En el salón de baile, dos parejas bailaban una canción disco de los '70. Tuve que contener una carcajada mientras llegaba a la barra. De pronto perdí el apetito, así que tan solo ordené una cerveza. Por algún motivo, la tristeza me invadió mientras permanecía sentado en el pequeño taburete. No quería dejar ese pueblo, no quería dejar mi empleo en la biblioteca, no quería abandonar la mansión. Esto último era lo único que me conectaba a Jeremiah, y cortar ese lazo, por más terapéutico que fuese, me provocaba más dolor que felicidad. ¿Qué iba a ser de mi vida de allí en adelante? ¿Acaso volvería a enamorarme? Una vez en la ciudad ¿volvería a sentir ese amor tan grande que Jeremiah sentía por mí? Sospechaba que no.

—Sé que la cerveza de aquí es horrible, pero al menos podrías darle un sorbo...— una voz interrumpió mis pensamientos.

Por una décima de segundo, creí que era la voz de Jeremiah. Pero cuando giré el rostro vi a un hombre joven a mi lado, sonriéndome. Me quedé absorta, observándolo. Tenía una sonrisa preciosa, y el cabello corto peinado hacia atrás. Normalmente lo hubiera ignorado o mandado a la mierda, pero algo en él me cautivó al instante.

—Oye ¿te sientes bien?— me preguntó, algo preocupado por mi falta de reacción.

—Sí. Yo... lo siento — sacudí mi cabeza y sonreí — Solo tengo...problemas.

—Bienvenida al club. — El muchacho tomó asiento en el taburete a mi lado.
—Déjame invitarte algo de mejor calidad.

—No quiero alcohol—advertí.

—Yo tampoco bebo. ¿Qué tal un sándwich? Parece que te vas a desmayar en cualquier momento.... — el muchacho respondió, con la misma cuota de humor y preocupación.

Ordenó un generoso sándwich que me abrió el apetito. Y además, su sonrisa y su compañía me ayudaron a sentirme mejor. Por primera vez en mucho tiempo, mi mente se mantenía alejada de Jeremiah.

—Gracias...aún no me has dicho tu nombre...—Le agradecí una vez que el barista trajo nuestra orden.

—Jimmy— Me extendió su mano con otra amplia sonrisa curvando sus labios.
— ¿Y tú eres...?

—Cassidy...llámame Cassy— Estreché su mano, y su calor me provocó un leve escalofrío.

—Cassy, y dime ¿qué te tiene tan compungida esta noche? ¿Algún muchacho despiadado te ha roto el corazón?

Mi expresión de sorpresa fue tal que Jimmy dejó escapar una risita encantadora. No podía creer que un completo extraño se me hubiera acercado así y que no me sintiera molesta ni amenazada. De hecho, estaba divertida y algo intrigada.

— ¿Acaso soy tan obvia?— Le pregunté, algo avergonzada.

—Uno reconoce a su igual —Jimmy bebió un sorbo de su refresco y me guiño el ojo. La euforia se apoderó de mí; estaba viviendo mi primer ligue.

Observé a Jimmy de otra manera; su rostro tenía facciones cuadradas y masculinas, pero a la vez suaves y delicadas. Tenía los ojos negros, que parecían resplandecer bajo la tenue luz del salón, y el cabello corto y azabache. Era muy parecido a Jeremiah, y al mismo tiempo era completamente distinto. Pero no me sentía lista para algo así. No todavía.

—No has respondido mi pregunta — Jimmy insistió — ¿Acaso un muchacho te ha roto el corazón?

—Algo así — respondí — ¿Y tú por qué vienes a un bar pero no tomas alcohol?

—Pesadillas— me respondió esbozando una sonrisa amarga y sincera — El alcohol no se me mezcla bien con las pastillas para dormir.

—Lo siento — le dije — Sé lo horrible que pueden ser las pesadillas.

—Por suerte, han disminuido hace dos meses— Jimmy se encogió de hombros — Pero tampoco eran pesadillas, era como...sonambulismo ¿sabes? Como si alguien o algo se metiese en mi cuerpo.... — Jimmy interrumpió su discurso y sonrió — Lo lamento, debo ser el peor ligue del Universo, hablando de estas cosas.

—Para nada— le devolví la sonrisa — Veo que en este pueblo se toman lo sobrenatural muy en serio. Yo no creía en esas cosas, pero la Mansión Hawthorne me ha hecho cuestionar mis creencias.

—Un momento— Jimmy se puso pálido— ¿Tu eres Cassidy Hawthorne? ¿Tú vives en la mansión victoriana de las afueras? ¿La Mansión Hawthorne?

Asentí con la cabeza, deleitándome con su reacción.

—No por mucho tiempo— agregué —Mañana lunes me voy a vivir a la capital de nuevo.

—Oh, bueno, no te culpo con todos los rumores alrededor de esa mansión— fue lo único que dijo Jimmy. Se quedó unos momentos en silencio, pensativo.
—Es una pena. Entonces yo tengo razón; alguien te ha lastimado. ¿Tu mudanza tiene algo que ver con eso?

Me quedé sin palabras. Por unos largos minutos, el único sonido entre Jimmy y yo era la música disco que sonaba en el salón.

—Pues, si esta es tu última noche en el pueblo, hagamos que valga la pena — Jimmy se adelantó para susurrar en mi oído. Su voz cálida me provocó una descarga eléctrica en toda mi espina dorsal.

Giré mi rostro hacia él y vi sus labios generosos muy cerca de los míos. Quise besarlos inmediatamente, pero por alguno motivo me frené a mí misma. Yo no era de ligar, y si bien este muchacho era muy atractivo, yo estaba nerviosa.

—Perdóname, te he presionado —me dijo con una sonrisa amable. Obviamente estaba avergonzado —Yo no soy de hacer esto ¿sabes? Suena a mentira pero es cierto. Solo he venido aquí porque no quería quedarme dormido.

Asentí. No lo conocía, pero sabía que no me estaba mintiendo. Podía sentir su dolor, muy similar al mío. Apartó su vista, asumiendo que yo iba a dejarlo solo en el bar. Y quería hacerlo, pero no pude. Tan solo me quedé hipnotizada por su perfil. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, y solo podía pensar en besarlos. ¿Acaso me había vuelto loca de una vez por todas?

¿Por qué no? me dije a mí misma con un aire fresco de determinación. Estaba

soltera, y el lunes abandonaría aquel pueblo para siempre ¿Por qué no llevarme un buen recuerdo entre tanto dolor? ¿Por qué me daba tanta vergüenza gozar de mi propio cuerpo y disfrutar de mi sexualidad como cualquier otra mujer?

Minutos más tarde, estábamos besándonos en uno de los pasillos del motel, ajenos a miradas prejuiciosas. Sus labios se sentían increíbles; suaves y dulces por el refresco que había bebido antes. Pero también tenían un sabor natural que me volvía loca. Ejercían la presión justa sobre los míos para hacer que mi pulso se acelerara. Me besaba una y otra vez, mientras acariciaba mi cabello y mis hombros. Mi espalda estaba contra la pared del motel, mientras Jimmy se apretujaba contra mi torso con urgencia. Yo lo atraía hacia mí, deseando cada vez más de sus labios y su cuerpo.

—No soy de hacer estas cosas seguido.... — Por algún motivo, me sentí en necesidad de explicar. Me sentía culpable, a pesar de ser una adulta sin compromisos.

—Yo tampoco— Jimmy me respondió entre jadeos, antes de volver a unir sus labios contra los míos.

Nos besamos con más ímpetu, hambrientos el uno del otro, Jamás creí que volvería a sentirme así con alguien. Podía sentir el calor que irradiaba del cuerpo de Jimmy a través de su chaqueta. Estaba desesperado por arrancarle esa ropa y sentir su piel contra la mía. Me besó el cuello y yo dejé escapar un gemido bastante alto. Me aferré a su espalda mientras su polla ya estaba dura como una roca.

— ¿Dónde está tu habitación?— pregunté con un susurró en su oído.

—No vivo aquí— Jimmy me respondió después de darle un pequeño mordisco a mi cuello. Luego alzó su rostro y nuestros ojos se encontraron —Tengo una idea mejor. Vamos a tu casa.

— ¿Mi casa? ¡¿La Mansión Hawthorne?!— Pregunté entre jadeos — ¿Acaso estás loco? No es justamente el lugar más sexy del planeta.

—Lo es si tú estás en ella.... —Jimmy me mordió el labio inferior suavemente — ¡Oh vamos! He escuchado tantas historias de fantasmas con respecto a esa casa...quiero verla con mis propios ojos.

Observé de nuevo su rostro; la excitación y la curiosidad se apoderaban de él y eso lo hacía aún más irresistible.

— No puedo decirte que no...— dije antes de besarlo una vez más.

Capítulo nueve

Abrí la puerta para que Jimmy entre primero. Cruzó el umbral con pasos lentos. Su boca estaba semiabierto mientras contemplaba con asombro cada detalle de la sala de estar.

— El piano.... — La voz de Jimmy tembló mientras acariciaba el instrumento con la yema de sus dedos. — ¿Acaso sabes tocarlo?

—No, me temo que no— respondí mientras cerraba la puerta.

Jimmy se sentó en el taburete y comenzó a improvisar una melodía. Un estremecimiento me recorrió al ver su figura sentada en el piano, con su rostro de porcelana y su cabello negro. Si lo hubiese tenido más largo, sería la viva imagen de Jeremiah. Mi pulso se estaba acelerando mientras la música llenaba el ambiente. Pero mi corazón dio un vuelco cuando reconocí la melodía.

— ¿Quién te ha enseñado esa canción?— le pregunté

—No lo sé— Jimmy dejó de tocar abruptamente. Sus manos temblaban de miedo —Ni siquiera sé tocar el piano.

Sin pensarlo, besé sus labios con hambre voraz. Jimmy aceptó mi beso, algo confundió al principio. Acaricié su cuello y su cabello negro mientras las

lágrimas brotaban de mis ojos. Nuestras lenguas se encontraron y danzaron juntas.

—Vas a pensar que estoy loco — Jimmy interrumpió el beso, jadeante — Pero yo conozco esta casa. Yo he estado aquí, en mis sueños. Y te conozco a ti.

— No estás loco— susurré contra su boca antes de besarlo una vez más. Lo jalé de los brazos, obligándolo a levantarse del taburete, y lo estreché en mis brazos con fuerza.

— ¿No me tienes miedo?— Jimmy preguntó con una sonrisa incrédula.

—Para nada— le dije mientras besaba su cuello y lo estrechaba aún más fuerte.

— ¿Tampoco te asusta que sé exactamente dónde está el dormitorio principal?

— Menos todavía — le sonreí por última vez. Luego Jimmy me tomó de la mano y me guió escaleras arriba.

Una vez en el dormitorio principal, no podíamos quitarnos las manos de encima. Pensé en encender la luz, pero los rayos de luna que se filtraban por el ventanal iluminaban el rostro de Jimmy de una manera hermosa.

Le quité la chaqueta y la arrojé al piso, luego le quité la camiseta con manos nerviosas y me maravillé al ver su hermoso torso desnudo. Sus suaves músculos parecían esculpidos en hielo, y me incliné a besar sus pectorales y sus abdominales. Era increíble lo mucho que se parecía a Jeremiah, y al

mismo tiempo, era alguien completamente diferente.

Él enredada sus dedos en mi cabello y gruñía de una manera deliciosa. Volví a besar sus labios y él me arrancó la ropa con urgencia. Me mordió los pezones mientras luchaba con el cierre de mis pantalones. Cuando cayeron al piso, los pateé lejos, mientras Jimmy me acariciaba el clítoris por sobre la ropa interior.

Sus manos parecían arder entre mis labios, y gemí sin vergüenza. Pero pronto mis gemidos fueron silenciados por otro beso. Mis manos bajaron hacia su entrepierna, y le bajé el cierre. Pronto su polla estaba en mis manos. La acaricié lentamente, maravillándome por su largo y dureza. Jimmy dejaba escapar los gruñidos de placer más deliciosos. Alcé mi vista hacia su rostro, que estaba enrojecido por la lujuria.

—Eres hermosa— me dijo. Yo pensaba lo mismo de él, pero no dije nada. No quería sonar demasiado sentimental en algo que a fin de cuentas solo sería un rollo casual.

Aunque me decía que esto era algo más.

Se arrodilló frente a mí y besó mi estómago. Sentir el contacto de sus labios hizo que me estremezca de placer, Jimmy sonrió ante mi reacción, y depositó más besos suaves en mis caderas y muslos. Cuando pensé que no iba a poder tolerarlo un segundo más, me besó entre las piernas. Tuve que contenerme para no acabar allí mismo. Su boca se sentía tan húmeda, tan suave y tan caliente. Elevé una de mis piernas y él acomodó mi muslo en la curva de su hombro. De esa manera podía deslizar su lengua mejor en mi entrada. Me besaba y me lamia sin piedad, y a mí me costaba mantener el equilibrio. Al cabo de unos minutos se puso de pie y me besó de nuevo. Pude sentir mi propio sabor en su boca y eso me estremeció.

—Es tu turno...—Me dijo con una sonrisa, y me besó una vez más.

Me puse de rodillas, con un nudo en mi estómago. Su polla estaba dura y enrojecida frente a mis ojos, y era intimidante.

De pronto la culpa volvió a atacarme. La palabra *puta* retumbaba en mi cabeza, en la voz de Steve y el que en otra vida había sido mi padre. No estaba acostumbrada a chuparle la polla a un tío desconocido.

—No tienes que hacerlo si no quieres— Jimmy me acarició el cabello y me dedicó otra de sus hermosas sonrisas.

Sentí una calidez extraña en mi pecho, casi dolorosa. Confiaba en él. Era una locura, pero me sentía cómoda en su presencia. No había prejuicio en su mirada, e inmediatamente supe que no era el tipo de hombre que me obligaría a nada.

Eso me hizo desearlo todavía más.

Comencé haciendo lo mismo que él me había hecho a mí; lo besé. Besé la punta de su polla y él se estremeció. Continué besando todo el largo de su polla, y luego continué con mi lengua. Lo lamí una y otra vez, deleitándome con su sabor mientras frotaba su dureza con mi mano derecha. Por los gruñidos que Jimmy emitía, supe que estaba haciéndolo bien. También supe que no podría esperar mucho más, así que me lo metí en la boca, era una sensación increíble.

Movía mi cabeza hacia atrás y adelante mientras lo masturbaba. Trataba de tomar cada vez más de su largo en mi garganta, pero era difícil. Jimmy me tomó de los brazos y me obligó a incorporarme. Me besó una vez más antes de arrojarme en la cama. Se inclinó sobre mí y depositó besos en mis pezones, en mi estómago y mis muslos. Yo gemía de placer, mientras mi pecho subía. Un hambre voraz me consumía. Jimmy sujetó mis muslos con sus manos cálidas y comenzó a besar mi entrada. Un escalofrío de placer me recorrió, mientras su lengua me hacía cosquillas.

Gemí su nombre con ojos cerrados, mientras todo mi cuerpo ardía, Su lengua

jugaba dentro de mí, dejándome húmeda y todavía más deseosa. Si es que eso era posible. Embistió con su lengua dentro de mí, como si intentase follarme con ella, y yo apenas podía soportarlo. Me vi forzado a frotar mi propio clítoris en busca de un alivio pasajero mientras él devoraba mi entrada. Cuando estaba a punto de correrme Jimmy se detuvo.

— Oye ¿tienes protección?— Me preguntó, jadeante.

— No la necesitas — Le sonreí; solo había estado con un hombre en toda mi vida. Y era imposible que me hubiera embarazado o contagiado algo de un fantasma. —No he estado con nadie en mucho tiempo.

—Yo tampoco— me confesó.

Jimmy se abalanzó sobre la cama, rozando su cuerpo contra el mío. Me besó en los labios y yo lo abracé fuerte. Sentí su polla dura frotarse contra mi entrada y todo mi cuerpo tembló de placer. Besé y mordí sus labios mientras Jimmy me susurraba lo hermosa que yo era. En un momento, intenté separarme un poco de su abrazo para ponerme boca abajo. De nuevo, otro intento para detener esa intimidad escalofriante que sentía por un desconocido. Pero Jimmy me detuvo.

—No. Quiero verte la cara mientras. — Me suplicó antes de que nuestras lenguas se uniesen en otro beso hambriento.

Lo abracé con brazos y piernas mientras él me besaba. Estaba mordiendo sus labios cuando me penetró, suavemente. Un gemido escapó de mi garganta, y por un breve segundo recordé a Jeremiah.

Pero esto era distinto, Jimmy era una persona real. Y al mismo tiempo, se sentía increíblemente similar.

Jimmy entraba y salía de mí, despacio al principio. Su polla dentro de mi cuerpo me hacía sentir completa, y yo me aferraba a sus hombros y arañaba su

espalda entre gemidos. Cada una de sus embestidas me llenaba de placer, y sus labios y dientes se hundían en mi cuello con pasión. Me corrí enseguida, gritando su nombre, mientras él enterraba su polla cada vez más duro dentro de mí. Su semilla brotó con fuerza, cegándome de placer. Todo mi cuerpo se arqueaba, y Jimmy seguía empujando sin piedad mientras mis músculos internos se contraían a un ritmo delicioso, ajustando su polla más y más.

—Te quiero.... —Jimmy me dijo en el momento del clímax. Un segundo después, vi cómo su rostro se enrojeció de vergüenza. Pero yo lo tranquilicé, respondiendo:

—Yo también te quiero— Acaricié su mejilla y le sonreí. Realmente sentía mis propias palabras. Nos habíamos conocido hacía menos de una hora, y aun así, sentía que lo conocía de toda la vida. O tal vez desde antes. Jimmy besó mis labios y se dejó caer sobre mi cuerpo.

Compartimos varios besos y caricias suaves mientras descendíamos de nuestra nube, con nuestros cuerpos sudados y entrelazados en un estrecho abrazo.

Capítulo diez

Me desperté pasadas las diez, con mis músculos cansados pero llena de una paz increíble. Los rayos de sol se filtraban por el ventanal, acariciando mi piel desnuda. Giré en la cama, solo para descubrir que Jimmy no estaba conmigo. Eso me llenó de una profunda tristeza, hasta que percibí el aroma del café fresco desde la cocina.

Bajé las escaleras y encontré a Jimmy sirviendo dos tazas de café en mi cocina. Tenía puesta la misma ropa del día anterior, pero su cabello estaba húmedo, lo que me sugería que había tomado una ducha. Yo ni siquiera lo había escuchado. Me sonrió al verme.

—Hola...no sabía cómo te gustaba el café— se encogió de hombros.

—Así está perfecto —le dije después de darle un sorbo a mi taza.

Se hizo un momento de silencio, y yo aproveché para estudiar su hermoso rostro pálido, y como su camiseta gris marcaba sus anchos hombros. Hubiese sido capaz de dejar que me folle una vez más en el piso de la cocina. Pero Jimmy estaba visiblemente preocupado.

—Lamento todas esas cosas que dije anoche...y sé que debería haberme ido después de follar— me dijo. —Debes pensar que soy el peor polvo de la historia.

—No creo que seas un polvo, para comenzar— le respondí — Y no me arrepiento de lo que yo te he dicho.

—Yo tampoco— una amplia sonrisa iluminó el rostro de Jimmy. Me acerqué y lo besé.

Jimmy me envolvió en sus brazos con dulzura y yo absorbía el calor de su cuerpo mientras nos besábamos.

—Esto es muy...repentino.... — Jimmy susurró contra mis labios. Yo le respondí con otro beso.

—Lo es. — le dije mientras acariciaba su barbilla con mis dedos. Jamás nada se había sentido tan perfecto. —Quisiera quedarme aquí contigo, pero mi turno en la biblioteca empieza en media hora—

— ¿Acaso no ibas a mudarte?

—He cambiado de idea— lo besé de nuevo. Jimmy gimió en mi boca y me abrazó con más fuerza. Se sentía increíble, pero no había tiempo para eso. Por ahora.

—Entonces ¿te gustaría que repitiésemos esto?— Jimmy me preguntó con una tímida sonrisa y una de sus cejas oscuras arqueadas.

—Sí. Esta noche —le respondí sin siquiera pensarlo — ¿Que tal cine y cena?

—Me encantaría — Jimmy me besó de nuevo. Luego se separó de mí y buscó algo del bolsillo de su chaqueta —Toma mi tarjeta. Parece muy formal, pero ahí está mi número.

—Bien— guarde la tarjeta en mi bolsillo sin siquiera mirarla — Te llamaré en el almuerzo, así decidimos la película.

Jimmy asintió y me dio un último beso. Lo vi cruzar el umbral de la mansión, con su rostro embargado por la alegría. Yo me sentía igual. Lo despedí con la mano y él se alejó caminando por la acera, hasta que desapareció de mi vista por completo.

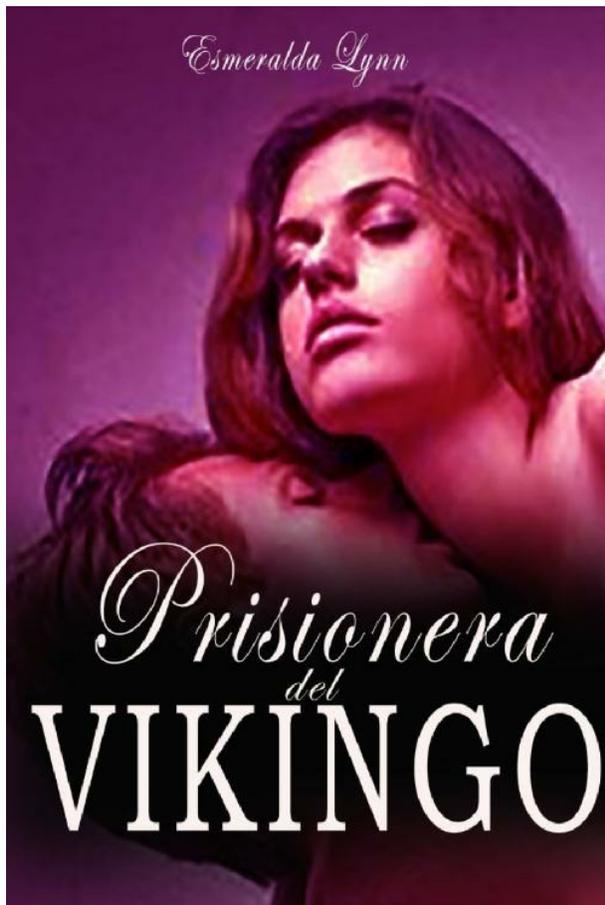
Sentí un calor irradiar desde mi pecho. De alguna manera, sabía que mi vida ahora estaba en orden. Tenía un hogar propio, un empleo, y alguien que me amaba. Alguien a quien sentía que había amado por siglos y siglos, por más loco que aquello sonara. Pero no tenía mucho tiempo para regodearme en mi propia felicidad; mi turno empezaba en veinte minutos y ni siquiera me había duchado.

Estaba conduciendo hacia la biblioteca, con mi cabello aún mojado por el baño, cuando se me ocurrió mirar la tarjeta personal de Jimmy. Busqué en el bolsillo de mi pantalón con la otra mano en el volante. Una sonrisa se curvó en mis labios cuando leí el nombre que figuraba sobre el número telefónico:

James Coven

-Fin-

Otra novela corta erótica sobre vikingos: [Prisionera del vikingo](#)



Sinopsis:

Sigrid Thorne debe casarse con un hombre que no ama; el desagradable Lord Robert Clemens. Pero para su desgracia (o fortuna) su boda es interrumpida por un ataque vikingos.

Los salvajes del norte, liderados por Leif el Aplastacráneos, secuestran a Sigrid para pedir una recompensa. Cautiva en el barco de Leif, Sigrid tiene la seguridad de que nadie la forzará, pues necesitan que ella regrese intacta a su marido para poder cobrar el oro de la recompensa.

Sin embargo, cuando la atracción por el indómito e irreverente Leif se torne insoportable ¿Qué valdrá más para ellos? ¿El oro o la pasión? ¿Acaso es posible para Sigrid abandonar la vida civilizada y tener aventuras por el mar?

Y ese hombre de barba roja como el fuego y con la espalda llena de cicatrices,
¿podrá darle el amor que ella no encontró en tierra firme?

Fragmento

– ¿Ves? Si no te comportas tengo que atarte de nuevo –refunfuñó una vez que yo estaba atada a su cama.

Yo estaba pataleando y aullando, pero me detuve al ver que se estaba quitando la ropa. Me sorprendió la visión de su pecho desnudo; con una abundante mata de vello entre sus pectorales firmes. Eran tan rojos como su cabello y su barba. Había varias cicatrices atravesando la piel de sus brazos y estómago; algunas eran superficiales, otras no tanto pero estaban en el proceso de sanarse. Debajo de su ombligo nacía un camino de vello rojizo que guiaba hacia su entrepierna, pero que era interrumpido por la línea de sus pantalones. Pude notar que todavía estaba duro debajo de ellos, aunque no tanto como antes. Cuando sus dedos aflojaron su cinturón y se quitó los pantalones, sentí verdadero pánico, pero también una excitación completamente nueva. Sin embargo, una vez que se despojó de sus botas y pantalones llevaba un paño de lino que servía de rudimentaria ropa interior. La tela era clara, por lo cual se traslucía con lujo de detalle el miembro que se alzaba debajo, y el vello rojo que lo coronaba.

– ¿Qué haces? –musité.

– ¡Es mi cama! –Protestó – ¡No voy a pasar otra noche durmiendo en el suelo por tu culpa!

Se acostó a mi lado, y yo perdí todas mis fuerzas. Estaba temblando a su lado, mi entrepierna continuaba húmeda y palpitaba casi tan fuerte como mi corazón. Me sentí indefensa, incapaz de pelear. Pero al mismo tiempo, no sentía miedo. Con las manos todavía atadas por encima de mi cabeza, giré mi cuello hacia él.

–No te hagas ilusiones; no voy a tocarte –me dijo mientras me daba la espalda, tampoco escasa de cicatrices. –Duérmete.

Lo maldije, pero él me ignoró. Instantes después, estaba roncando. Respiré hondo; y cerré mis ojos. Por lo menos estaba en una recámara cálida y sobre un colchón suave, con el estómago lleno. Y sin el peligro de que algún miembro de la tripulación se hiciera el listo conmigo. Sí, confiaba en Leif. Confiaba en su palabra de que no me podría un dedo encima.

Y por algún motivo aquello me molestaba.

Me sentía como una idiota; una niña caprichosa ¡En lugar de sentirme aliviado, me sentía furiosa y frustrada! ¿Y por qué? No terminaba de comprenderlo, así como tampoco entendía las reacciones de mi cuerpo que me torturaban.

Decidí relajarme e intentar dormir. Con suerte, pronto regresaría casa y todo aquello sería un mal recuerdo. Aunque la idea de volver a mi país no me hacía sentir mejor. Me rendí al sueño, pero aun así, mi mente no iba a darme un descanso. Volvía revivir mi boda, y ver de nuevo la cara de Robert Clemens me produjo un profundo asco. Lo odiaba tanto, pero no podía escapar. Sabía que estaba soñando, pero aun así una horrible desesperación se apoderó de mí la desesperación por detener la boda, detener el tiempo, impedir que me llevara a nuestra recámara nupcial. El desprecio que me provocaba esa sonrisa, esas manos, esa voz, se sentía tan vívido que me costaba creer que estaba soñando. Incluso la idea de saber que en realidad estaba en un barco vikingo a kilómetros de distancia me tranquilizaba.

Pero no había manera de detener el sueño, el festín de bodas llegaba a su fin y mi prometido me cogía de la mano y me llevaba a nuestro dormitorio. Me quitaba la ropa en contra de mi voluntad y yo no podía hacer nada para impedirlo. Una vez desnuda, me tumbé de espaldas en nuestra cama y fijé la vista en el techo, luchando contra las lágrimas en mis ojos., mi mente se forzaba por despertarme, pero yo continuaba soñando.

Sentí dos manos callosas separando mis muslos con delicadeza, y un escalofrío me recorrió. Oí una voz susurrando entre mis piernas.

–Tendría que tener hielo en la sangre para que en un momento así me importe

más el dinero.

Esa no era la voz de Robert. Alcé el cuello y encontré a Leif, arrodillado entre mis piernas, sosteniendo mis muslos con ambas manos. Estaba desnudo, y su miembro se alzaba duro y enrojecido. Casi tan rojo como la piel de sus mejillas y pecho, que hacían juego con su cabello revuelto. Me sonreía como una bestia al acecho, y yo solo podía ver esos ojos azules, tan azules como el mar que rugía afuera. El asco que yo sentía fue rápidamente reemplazado por un hambre voraz; mi entrepierna comenzó a palpar tan duro como mi corazón, y la humedad se esparcía fuera de mí, clamando por algo que recién empezaba a comprender.

Leif se abalanzó sobre mi cuerpo; sujetó mi rostro con su mano derecha y me besó. El beso se sintió eléctrico, encendiendo hasta el último rincón de mi piel. Morid y saboreé sus labios mientras su barba roja me cosquilleaba, sentía su pecho velludo y firme presionar contra mis senos, y su polla buscando el camino hacia mi interior. Enredé mis manos en su cabello y lo besé todavía más fuerte; aquello era tan placentero que apenas podía tolerarlo. Una parte de mi mente sabía que eso era un sueño, pero quería disfrutarlo al máximo, quería perderme en cada sensación. Hasta que en un punto olvidé que se trataba de un sueño, solo podía sentir sus manos apretujando mis senos y haciéndome gritar, y la punta de su miembro palpitando, palpitando...

– ¡Oye! ¡Despierta! ¿Qué te ocurre? –la verdadera voz de Leif me despertó. Confundida, abrí mis ojos. La cabeza me daba vueltas y me sentía afiebrada; tardé unos largos minutos en regresar a la realidad y darme cuenta que había tenido un sueño obscuro con mi captor.

– ¿Te sientes bien? –me volvió a preguntar, tendido a mi lado en la cama, sus ojos lucían somnolientos, pero su expresión lucía preocupada.

–Sí, solo...tuve una pesadilla –respondí con el aliento entrecortado. Mis manos permanecían atadas al poste que pendía sobre la cama, y mis brazos se habían entumecido por estar en la misma posición durante mucho tiempo. Pero toda mi piel ardía, encendida por mi sueño. Una fina capa de sudor cubría toda

mi carne, y mi entrepierna no dejaba de palpar. Mierda, los latidos eran tan fuertes que dolían. Solo ansiaba apagarlos, aliviarme...pero no tenía idea cómo.

– ¿Pesadilla? –Leif sonrió de costado, y mis punzadas aumentaron. –Eres una mentirosa. Yo creo que has tenido un sueño muy agradable.

Me sentí acorralada, solo tragué saliva y le dirigí una mirada asesina. Los latidos me torturaban tanto que no tenía fuerzas para discutir. Y ver sus ojos solo me hacía sentirme peor.

–No seas ridículo – respondí, exaltada – ¿No te das cuenta que estoy enferma? tengo fiebre.

Él se acercó todavía más y presionó sus dedos contra mi frente en modo gentil. La cercanía de su pecho desnudo a mi rostro me iba a enloquecer; su piel emanaba un aroma masculino e irresistible.

–No tienes temperatura –sentenció unos instantes más tarde. Sus ojos volvieron a fijarse en los míos –Te he oído ¿Sabes? Has dicho mi nombre en sueños.

–Estás loco –protesté. – ¡te digo que no me siento bien! Mi corazón está acelerado...

–Entiendo muy bien lo que te ocurre...–respondió él con un susurro ronco, esos que empeoraban mis punzadas. Deslizó su mano derecha por debajo de mi falda, y la caricia sobre la cara interna de mi muslo me hizo despedir un quejido. Al oírme, él volvió a mirarme, estudiando mis reacciones, complacido. Supongo que debí haberme resistido; aun con mis manos atadas podría haberlo pateado o esquivado sus caricias. Pero la verdad era que me resultaban placenteras; sus dedos explorando mi pierna avivaban el fuego, pero al mismo tiempo me provocaban una pequeña satisfacción. No quería que se detuviera. Su mano subió y subió hasta que encontró mi ropa interior. Sentí las yemas de sus dedos tanteando entre mis labios húmedos, y cada caricia me daba deseos de gritar.

–No estás enferma; estás caliente ¡Mira lo húmeda que estás! – sentenció Leif. Luego alejó sus dedos de mi entrepierna, se los llevó a la boca y los saboreó. Aquello hizo que me diera vueltas la cabeza.

– ¡Estás loco! – respondí entre jadeos.

–Y tú necesitas una polla. Pero lo siento; no tendrás la mía aunque ruegues, llore so supliques. No voy a sacrificar cobrar el rescate. – me dijo en tono burlón.

– ¡Eres un hijo de puta!

–No soy tan malo. Y para demostrártelo, puedo ayudar a que te alivies –se acercó’ todavía más a mis labios.

– ¿Dé qué estás hablando?

–Pobrecilla, tienes las manos atadas. No puedes usar tus dedos para aliviarte, pero como señal de buena voluntad, yo podría hacerlo por ti. – Su aliento cálido acariciaba mis labios, y recordé cómo Is0o había mordido en mi sueño – ¿Quieres? ¿Quieres que te alivie con mis dedos?

Me quedé paralizada ante su propuesta.

Lee el resto de prisionera del vikingo [aquí](#).

